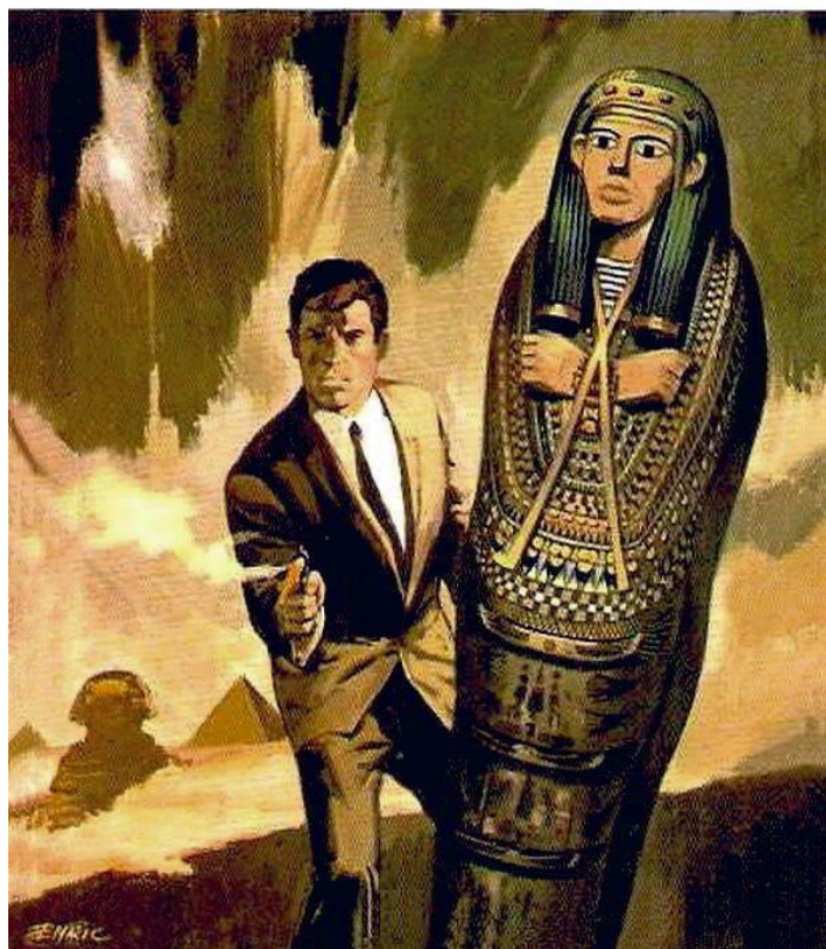




desde el libro de los muertos de CURTIS GARLAND



Era agradable encontrarse viajando ya, por encima del Canal de la Mancha.

Atrás se quedaba Londres. Y con Londres la popularidad, el revuelo, las molestias de ser repentinamente demasiado conocido de la gente. Algo que no encaja en mi profesión. Lo menos que debe ser un detective privado... es popular.

Ya no me era posible investigar un caso cualquiera, sin que la gente a quien yo debía vigilar o espiar, se volvieran, señalándome y diciendo con sorpresa:

—¡Mira, si es Robin Madison, el detective!



Curtis Garland

Desde el libro de los muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1174

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *Desde el libro de los muertos*
Curtis Garland, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



PRIMER LIBRO: JEROGLÍFICO

¡Oh, tú, espíritu que te manifiestas en Re Stau y cuyos miembros se pudren y apestan! No he matado a mis semejantes...

(De la «confesión negativa» del difunto. *Libro de los muertos*).

CAPÍTULO PRIMERO

Era agradable encontrarse viajando ya, por encima del Canal de la Mancha.

Atrás se quedaba Londres. Y con Londres la popularidad, el revuelo, las molestias de ser repentinamente demasiado conocido de la gente. Algo que no encaja en mi profesión. Lo menos que debe ser un detective privado... es popular.

Ya no me era posible investigar un caso cualquiera, sin que la gente a quien yo debía vigilar o espiar, se volvieran, señalándome y diciendo con sorpresa:

—¡Mira, si es Robin Madison, el detective!

Hubiera sido desastroso en mi oficio. Lo comprendí demasiado tarde. Cuando ya no tenía remedio y mi fotografía aparecía en la primera página del *Times*, del *Daily Mail*, del *Mirror* y de todos los grandes rotativos londinenses, bajo la inevitable noticia en amplios caracteres:

«GANA UNA QUINIELA DEPORTIVA FABULOSA».

Pues sí, así había sido. Una quiniela futbolística. Un pleno afortunado. Miles y miles de libras esterlinas. No quería ni recordar la suma. Era capaz de marearme.

Quizá la gente llegara a olvidarse de mí y de mi buena fortuna, pero ya estaba prácticamente arruinado como detective. Claro que la cosa quedaba hartó compensada. Nunca soñé con retirarme de la profesión convertido en un hombre rico, con la vida asegurada ya en el futuro. Y eso es lo que sucedía ahora. Una cosa iba por la otra. Y ahora, tras mi renuncia definitiva a aquel trabajo que fuera todo en mi vida, había abandonado las Islas. Y Londres con ellas. Valía la pena emprender un largo viaje. Una gira alrededor del mundo. Un par de meses lejos de las nieblas londinenses. Y lejos de mi despacho de Regent Street. Lejos de Scotland Yard, al que perteneciera en mi juventud, hasta convertirme en detective de la brigada del superintendente Mac Gregor durante tres años. Luego llegó mi etapa de independencia, la renuncia al cargo en New

Scotland Yard, para instalar mi propia y modesta *Agencia de Investigaciones Privadas Madison*. Ahora todo eso empezaba a ser historia. La historia de un hombre que, con sólo treinta años recién cumplidos, podía decir que lo había alcanzado todo en la vida... por un simple golpe de azar. Por un balón redondo que quiso entrar en las redes de una meta deportiva, y por aquel otro que no entró, y por un *penalty* riguroso en un estadio británico, y otro no concedido en aquel otro...

Así eran las cosas del simple azar. Trabajando toda la vida sólo podía aspirar a unos pequeños ahorros, una renta modesta algún día, mientras perdiera el tiempo en el club, leyendo el *Times* de cabo a rabo, hazaña hasta entonces completamente fuera de mi alcance.

Rellenando un boleto de apuestas deportivas... todo resuelto. Fortuna, comodidades, independencia total... y la felicidad.

Sí. Incluso la felicidad. Evelyn...

Evelyn, que pocos días antes se hallaba a distancias cósmicas de un pobre detective privado, por muy arrogante, elegante en el vestir y bien parecido —según las damas— que ese detective fuese. Evelyn y su posición social y económica. Evelyn y sus carreras de caballos, la cuadra de los Graham, ganadora en Epsom y colocada en el *Gran Derby*... Evelyn y su familia, financieros de la *City*, turistas millonarios...

Ella quería ser mi esposa, pese a todo. Era lo bastante rebelde e independiente para llegar a serlo, por mucho que se opusieran a ello. Pero yo no quería esa boda. No era justo ligarse a una millonaria... teniendo sólo dos mil libras en el Banco, y adeudando casi mil quinientas a diversos acreedores.

Ahora todo había cambiado. Incluso Evelyn, en sus vacaciones por el extranjero, se había enterado del prodigio. Recibí un cablegrama suyo, impuesto en Atenas:

«Felicidades, cariño. Siempre entendiste más de fútbol que de criminología, contra lo que tú piensas. Pero sirvió de algo. Regreso a Londres la próxima semana. Ya no encontrarás obstáculos para nuestra boda. Te amo. Evelyn».

Iba a llevarse una pequeña sorpresa. Sonreí, pensando en ello, mientras el reactor de la BOAC sobrevolaba Portugal y España en vuelo hacia el Mediterráneo.

Sí. Una buena sorpresa. Evelyn y yo íbamos a encontrarnos en un lugar de su itinerario de recreo por el llamado *Mare Nostrum* latino. Podía gozar de antemano con su gesto de asombro al verme aparecer donde menos se imaginaba.

Estúpido de mí... No podía imaginar entonces que las sorpresas, en realidad, eran a mí a quien le esperaban. Y sorpresas mucho más fuertes y desagradables que la que yo pensaba ofrecerle a Evelyn, ciertamente...

* * *

La primera sorpresa tuvo lugar en el *Nilo Hilton*.

Sí. Estaba ya en El Cairo. Era la primera etapa de mi viaje. Esperaba encontrar allí a Evelyn. Pero ella aún no había llegado.

Supe, por medio de una información de la Comandancia de Marina de la República Árabe Unida, que el yate *Teseo* no llegaría a las costas egipcias hasta el siguiente día como mínimo, según los informes transmitidos por radio desde la pequeña pero lujosa embarcación de recreo, propiedad del magnate americano Duncan Freeman, a bordo de la cual navegaba Evelyn, como una de las invitadas del millonario cuya fama era más amplia como coleccionista de obras de arte que como hombre de fortuna propiamente dicho.

Un día podía resultar demasiado largo para un hombre anhelante de reunirse con la muchacha amada. El Cairo no era una ciudad desconocida para mí, y la fascinación histórica y artística que Egipto pudiera despertar en un ciudadano inglés medianamente culto —apartado en el que creía incluirme— estaba diluida por la desagradable realidad de una tensión política con sus vecinos de área mediterránea, y todas sus ingratas consecuencias, agravadas desde la desastrosa «guerra de los seis días».

Políticamente, me importaba un bledo que la razón la tuvieran árabes o israelitas. Soy de los que opinan que las guerras nunca resuelven el problema por el que se desencadenaron inicialmente.

Lo que hacen luego es crear nuevos y peores problemas a vencedores y vencidos. Pero mientras los hombres sigamos siendo estúpidos y creamos todos estar en posesión de la verdad, las cosas no tendrán remedio y serán siempre igual.

De cualquier modo no había otro remedio. Quedaba un día por delante, y no tenía en qué emplearlo. Me limité a visitar el museo arqueológico, un buen restaurante del centro de la ciudad, y finalmente un teatro de *ballet*, antes de regresar al hotel para cenar allí y retirarme pronto a descansar, en espera de que el nuevo día me trajese a Evelyn y, con ella, una visión diferente y más hermosa de todo lo que me rodeaba en el centro urbano cairota, a las riberas del Nilo y su zona residencial y ajardinada, auténtica delicia para la vista y para los efectos siempre turbadores del ardiente sol egipcio. En especial, cuando el que ha de sufrirlo es un ciudadano británico saturado de humedad hasta los huesos...

Ése fue mi programa. Aparentemente no había nada que pudiese alterarlo, salvo mi propia voluntad. Y estaba demasiado cansado para pensar en otra cosa, tras el *ballet* y la cena, no excesivamente copiosa, sujeta a moldes de auténtico *standard* internacional turístico, del lujoso y hartó caro *Nilo Hilton*.

Pero hubo otros factores con los que yo no contaba, y que intervinieron en el programa, alterándolo notablemente...

* * *

—Señor Madison... Señor Madison... Señor Robin Madison...

El mozo árabe, de impecable uniforme de «botones», repitió una vez más el nombre, desfilando por el comedor del hotel. Sorprendido, alcé la cabeza. Hice un gesto.

—Eh —llamé—. Yo soy.

El «botones» de piel cetrina y grandes ojos oscuros, se acercó a mi mesa. Dejé a un lado el consomé a medio tomar, mirándole pensativo.

—Señor Madison, le llaman al teléfono —dijo el mozo, tomando un aparato supletorio, que enchufó a una extensión, bajo mi mesa.

—¿A mí? —me extrañé—. Será de otra ciudad... o por vía radial.

—No, no —negó el «botones»—. Es una llamada urbana, señor. Y

urgente.

—¿Urgente? —Estuve seguro de que mis ojos brillaban, excitados—. Oh, entiendo. Por fin llegó... Es una voz de mujer, ¿verdad?

—No —aquel endiablado «botones» tenía la obsesión de negarlo todo—. Es un hombre.

—Vaya... —Perplejo, encogí mis hombros. Era más rápido tomar el teléfono, ya conectado, que seguir jugando a las adivinanzas. Si le decía a aquel muchacho nativo que yo era un detective privado, la risa le iba a durar un año—. Está bien, ya atiendo la llamada, gracias.

Le di una propina. Se inclinó, agradecido, retirándose. Descolgué el teléfono, huraño.

—¿Diga? —pregunté, algo seco.

—¿Señor Madison, Robin Madison, de Londres? —habló una voz. Y por cierto que era masculina. Y, desde luego, distaba mucho de pertenecer a un ciudadano inglés o americano.

—Sí, yo mismo. ¿Quién llama?

—No importa mi nombre. No me conoce. Nunca oyó hablar de mí. Necesito verle. Hablarle. Es urgente. Muy urgente.

—Eso ya me lo dijeron. Estoy de vacaciones y no atiendo a nadie. ¿Le envía alguien tal vez?

—En absoluto. Es una llamada personal. Y muy confidencial, señor Madison.

—Espero me diga, cuando menos, qué clase de motivo la provoca...

—Es largo de referir. Tendría que hacerlo personalmente, no por teléfono. Necesito verle. Hoy mismo. Ahora. Esta noche.

—¿Esta noche? Imposible. Tengo mucho trabajo mañana. Debo retirarme en seguida. Lo lamento mucho, pero...

—Tiene que recibirme, señor Madison. Es cuestión de vida o muerte...

—¿Vida o muerte? —arrugué el ceño—. ¿Para quién?

—Para mí. Quizá también para usted. O para alguien más...

—No le entiendo bien. Si lo que espera es intrigarme, le diré que...

—No pretendo nada de eso. Señor Madison, usted es investigador, ¿no es cierto? —apremió la voz angustiada.

—Sí, lo soy —había captado el timbre peculiar, meloso, de su voz. Creí identificar su nacionalidad—. Usted es árabe, ¿no?

—Lo soy, es cierto —afirmó él—. Ya le dije que no me conoce. Yo a

usted, sí. Aunque esté de vacaciones, debe recibirme. Es importante. Muy importante. Ya le dije que puede ser vital para usted... para mí... e incluso para otra persona.

—Eso ya lo dijo antes. Aun así, lo lamento de veras...

—Me faltó añadir algo: esa otra persona cuya vida está en juego también... se llama Evelyn Graham. ¿Eso le dice algo, señor Madison?

—Eh, espere —me sobresalté—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Ya me ha oído. Como ve, muchas cosas suyas me son conocidas, señor Madison. Necesito hablarle, encargarle algo. Un asunto. Un caso que pagaré bien.

—Hay algo que usted ignora. Ya no me dedico a la investigación. Me he retirado de mi oficio.

—Tendrá que aceptar este caso. ¿O prefiere ver muerta a Evelyn Graham?

Me mordí el labio inferior. El tipo empezaba a irritarme. Y también a preocuparme. Sabía de Evelyn. Eso, en El Cairo, adonde acababa de llegar como turista, resultaba raro. Muy raro. Mi misterioso interlocutor telefónico parecía conocerme muy bien. Yo, en cambio, no tenía el menor conocimiento sobre su persona e identidad.

—Está bien —dije, dominando mi mal humor—. Supongamos que le concedo diez minutos de mi tiempo...

—Será suficiente. ¿Cuándo? Recuerde que es urgente.

—Al terminar de cenar —miré mi reloj de pulsera—. Pongamos... a las nueve y media. En el bar del hotel *Nilo Hilton*...

—Muy bien. Allí estaré. Me reconocerá en seguida. Visto traje color crudo. Camisa color azul pálido. Corbata azul oscura. Llevo un portafolios bajo el brazo. Color marrón claro, con dibujo labrado. Soy pequeño, piel oscura, pelo negro, rizado. No hay error, creo yo.

—No, no lo hay. ¿Me conoce a mí?

—Sí —rió irónico—. El *Daily Mail* y el *Sport News* también se venden en El Cairo, señor Madison... Enhorabuena por su buena suerte. Pero puede ganar aún más dinero si me escucha. Hasta diez mil libras más. No es una suma despreciable, ni siquiera para un nuevo rico... Y todo por encontrar a una mujer...

—¿Una mujer? —arrugué el ceño—. Ya le dije que no me ocupo ya de asuntos que...

—Se ocupará de éste, señor Madison, si le interesa la vida de la

señorita Graham...

—¿Es una amenaza tal vez? —Encajé mis mandíbulas con ira.

—No, no —rechazó, con humildad—. Sólo una advertencia leal, créame...

—¿De qué mujer se trata? ¿Ha perdido tal vez a su esposa?

—No, no es un caso tan vulgar. La mujer a quien he perdido y debo encontrar... es la más hermosa de todo Egipto. Su nombre es Dahlia Lot... Su belleza no tiene igual. Pero es una belleza que lleva a la muerte.

—¿Qué quiere decir?

—Lo sabrá pronto, señor Madison. A las nueve y media... en punto. Hasta entonces... y gracias por la cita...

Colgaron. Quise saber algo más, pero sabía lo que significaba aquel seco «clic» al otro extremo del hilo.

A las nueve y media vería a mi desconocido interlocutor en el bar del *Nilo Hilton*, frente a la vista nocturna de los jardines, las luces cairotas y el resplandor azul oscuro del mítico río.

Al menos eso imaginaba yo.

A las nueve y veinticinco minutos el hombre que hablara por teléfono estaba muerto...

CAPÍTULO II

Estaba muerto, sí.

Creo que lo supe antes, mucho antes de verme ante su cadáver. Antes de tener a mis pies la figura pequeña, enjuta, cetrina, vestida de color crudo, con camisa azul pálida y corbata azul oscura, con un portafolios marrón claro bajo el brazo, todo ello violentamente salpicado de sangre, bajo las ruedas del automóvil que lo arrollara frente al *Nilo Hilton*.

Estaba esperando, ante mi vaso de vodka y naranja, cuando oí el largo chirrido de frenos, el alarido prolongado, el crujido de vidrios, las voces de alarma en la calle y, finalmente, capté el mortal silencio que se formó en la avenida antes de sonar el estridente silbato de un policía.

Salí del hotel, con un feo y oscuro presentimiento. Éste se confirmó, desgraciadamente, apenas llegué a la calzada y vi al hombre, aplastado bajo el potente «Mercedes» color azul, con matrícula europea.

Era el hombre. Mi desconocido interlocutor del teléfono. No podían coincidir todos los detalles identificativos, tan exactamente, y a la hora precisa de la cita. Miré mi reloj.

Faltaban solamente cuatro minutos para la hora fijada. Él había sido puntual. La muerte también.

Recordé una inquietante frase suya, mucho más alarmante ahora, a la vista de las trágicas circunstancias:

«—... Puede ser vital para usted... para mí... e incluso para otra persona».

Evelyn... Recordé eso como si me dieran un mazazo en la cabeza. Retrocedí dos pasos, tambaleante. La gente rodeaba el cadáver, con su boca crispada, sus ojos desorbitados, su torso aplastado por el automóvil, contra un poste del alumbrado urbano. Me incliné junto a la parte posterior del «Mercedes» azul. Tomé la cartera o portafolios marrón claro, labrado en relieve, con dibujos morunos. Estaba salpicado también de sangre. Lo apreté contra mí, tapando esas manchas, como si siempre hubiera sido mío. Me retiré unos

pasos más, mientras oía hablar a unos curiosos, posiblemente testigos del suceso. Y a un policía árabe:

—Le arrolló brutalmente... Parecía ir desorientado...

—Yo diría que lo hizo a propósito... Luego, el conductor saltó afuera, escapó... Ninguno pudimos reaccionar... Sí, era un hombre..., aunque no le vi la cara.

—Cuando menos vestía como un hombre, pero no, no le vimos...

—Quienquiera que fuese, abandonó el coche —refunfuñó el policía, estudiando el «Mercedes» y su documentación—. Está matriculado en Alemania. El nombre del dueño es alemán. Tal vez lo robaron... y, al producirse el atropello, el conductor escapó, asustado...

Me retiré definitivamente. Volví al hotel. Nadie me detuvo. Nadie observó lo del portafolios. Estaba seguro de algo en mi interior. El policía egipcio no iba mal orientado. El «Mercedes Benz» fue robado. Pero no ocurrió eso por accidente. Robaron el coche a un turista alemán para matar al árabe pequeño y cetrino, vestido de seda color crudo. Luego abandonaron el vehículo asesino.

Eso es lo que había sucedido. Estaba convencido de ello.

Entré en el ascensor. Abrí el portafolios mientras subía a la planta cinco, donde tenía mi habitación. Solamente una cremallera tuve que salvar. No hubo problemas en eso. Dentro del portafolios había diversas cosas. Un billete de avión de las *Líneas Aéreas Egipcias* para el trayecto El Cairo-Luxor. A nombre de Ahmed Bahar. También a nombre de Ahmed Bahar, un pasaporte de la República Árabe Unida. La fotografía parecía coincidir con el tipo. Sus datos eran escuetos: nacido en Alejandría. Treinta y nueve años. Anticuario. Soltero.

También descubrí, sorprendido, un libro editado en inglés, con una bella portada a base de jeroglíficos egipcios y un título significativo: *Antiguo Egipto. Los faraones*.

A su lado, un programa de mano, en anacrónica combinación. Leí sobre su barnizado color negro y oro: «Gran Pirámide. Club nocturno. *Show* sensacional».

Y el nombre de su principal atracción: «Dahlia Lot. Danzarina exótica y contorsionista. Magia. Adivina el futuro, lee el pasado».

Dentro aparecía el rostro de Dahlia Lot. Moreno, sensual, anguloso y extraño. Hermoso y enigmático. Debajo, su figura, semidesnuda, como aparecía en la pista del Gran Pirámide. Alta, esbelta, turgente

a la vez, sinuosa y llena de voluptuosidad.

Era la mujer a quien quería encontrar Ahmed Bahar. Ahora, él estaba muerto. Arrollado por un «Mercedes» quizá robado. Tal vez, víctima de un asesinato.

Había algo más. La fotocopia de un peculiar texto dibujado, según viejos sistemas del país en que me hallaba.

Un jeroglífico de varias columnas verticales de signos pictográficos o figurativos.

Estaba en el quinto piso. Dejé el ascensor. Fui hacia mi habitación. Le alcancé. Abrí la puerta y entré. En seguida intuí algo raro dentro de mi alcoba del *Nilo Hilton*.

Luego, la voz me lo confirmó:

—Buenas noches, señor Madison. ¿Sorprendido?

Giré la cabeza hacia la mujer que había hablado y que ocupaba un confortable butacón de su alcoba.

Era joven, rubia. Y era atractiva. Enormemente atractiva. Me sonreía burlonamente, encogida sobre el asiento, sin importarle que su pantalón corto se ciñera a la parte superior de sus bien formados muslos bronceados.

Lo menos atractivo de ella era la pistola automática que empuñaba. Una pistola con un feo cañón largo, prolongado por el tubo del silenciador. Una pistola que me encañonaba directamente a mí.

* * *

—Buenas noches —saludé, impávido, avanzando hacia el interior, bajo la amenaza inflexible del arma de fuego, empuñada por cierto con bastante seguridad y firmeza.

—No parece asustado.

—¿Asustado? —Sonreí, glacial—. No, no creo que lo esté.

—Ni sorprendido.

—Un poco, tal vez. Estoy habituado a situaciones así. No es la primera vez que alguien usa una llave maestra para entrar en mis habitaciones y esperarme con un arma.

—Olvidé que es usted un detective —suspiró ella—. Y con experiencia, además. ¿También le esperaron mujeres?

—También.

—¿Todas armadas?

—No. No todas.

—¿Qué hizo con las que llevaban arma?

—Desarmarlas, por supuesto. —Me detuve ante ella. Y ante su pistola.

—¿Espera poderme desarmar a mí?

—¿Por qué no? No será mejor ni peor que otras, señora.

—Señorita —replicó ella, incisiva—. Y no va a desarmarme.

—Eso también lo dijeron las otras.

—Puedo matarle ahora mismo. Y terminar la escena.

—Es desolador —bostecé—. También eso lo dicen siempre todas.

—¿No hay nada que le impresione?

—Casi nada. De otro modo, me hubiese dedicado a tendero.

—No ganó demasiado trabajando, por bueno que se crea.

—Nadie gana mucho trabajando. La suerte o la falta de escrúpulos son los medios de hacer fortuna.

—Yo tengo suerte. Y pocos escrúpulos —rió ella—. Sin embargo, no soy millonaria. Aunque no puedo quejarme.

—Supongo que no —la estudié, pensativo—. Es atractiva, joven, bien formada, no parece tonta, tiene el pulso firme... y solamente esa joya que cuelga de su cuello vale mucho dinero.

Se tocó, instintivamente, con su mano zurda, el collar de oro y pequeños diamantes, con un colgante de esmeraldas y diamantes, en forma de cruz ansata. La cruz de la vida eterna de los egipcios. Luego, rió entre dientes.

—Podría ser falsa —dijo.

—Podría serlo —asentí—. Pero no lo es.

—No, no lo es —convino—. Vale dinero, tiene razón. ¿Lo sabe todo, realmente?

—Sé todo lo que me conviene. O intento saberlo.

—No abuse de su buena suerte. La vida no es un boleto de apuestas deportivas.

—A veces lo pongo en duda —suspiré—. Usted, por ejemplo..., es una variante inesperada.

—¿Un negativo en su boleto? —se burló ella.

—Posiblemente. Depende más de usted que de mí. ¿Por qué viene armada?

—No quiero que me sorprendan como sorprendieron a Ahmed Bahar. Y a otros.

—¿Hubo... otros?

—Claro que los hubo. Dahlia Lot, uno de ellos.

—¿También... la asesinaron? —Sonreí vagamente, erguido ante ella.

—Es lo más seguro —se sobresaltó. Enarcó las cejas. Me miró, intrigada—. ¿Por qué sabe que hubo asesinato?

—Parece obvio. Usted habló de Ahmed Bahar. ¿Sabe lo que le sucedió?

—Lo vi cuando entraba en el hotel. Fue horrible.

—Horrible —admití—. ¿Y... premeditado también?

—También. Él venía a verle a usted, ¿no?

—Si parece saber tanto, también sabrá eso. ¿Seguía usted a Ahmed?

—No. Seguíamos caminos distintos. Pero andábamos tras algo parecido. Algo demasiado peligroso para arriesgarse a ello sin saber si se pisa en firme o no.

—¿Usted pisa firme?

—No lo sé. Cuando menos, lo intento. Ahmed debió pensar que nunca llegaría a usted. No pudo revelar lo que sabía. Cuando le vi morir, me apresuré a subir para esperarle.

—No muerdo —sonreí—. Puede guardar su arma, señorita.

—Antes quería estar segura de algo, señor Madison.

—¿De qué?

—De que, realmente, es usted Robin Madison, de Londres.

—Le daré mi pasaporte...

—No hace falta. Le vi en los periódicos, cuando el oro le llovió del cielo. Es suficiente. Usted no es fácil de confundir con nadie, una vez se le ve.

—¿Eso es un elogio o una censura?

—Un elogio. Tiene personalidad. Atrae usted, señor Madison. A las mujeres, sobre todo. ¿Se lo han dicho también con anterioridad?

—Me temo que sí —sonreí.

—Debí sospecharlo —me contempló, agresiva. Repentinamente, bajó el arma. La dejó, con un suspiro, sobre la mesita vecina, junto al cenicero. Estiró sus bonitas piernas, y las cruzó luego, provocativa—. Siéntese. ¿Me da un cigarrillo?

—Claro —asentí, impávido. Y se lo di, encendiéndolo junto con el mío. Me senté ante ella. La estudié, intrigado—. ¿Va a contarme algo más ahora, señorita?

—Supongo que sí. Quería sostener una charla amistosa con usted. Pero no me fío ya de nadie. Especialmente, después de lo de Ahmed Bahar.

—¿Eran ustedes amigos?

—¿Ahmed y yo? —Ella rió, como si aquello tuviera verdadera gracia—. Cielos, claro que no. Él era un pirata. Un granuja astuto y combativo. Las cosas le salieron bien muchas veces. Hizo fortuna robando obras de arte y vendiéndolas a alto precio a gente caprichosa, a fanáticos del arte, del coleccionismo...

—Conozco la especie. Prospera en Egipto, en Grecia, en Persia, en Siria, en todos los lugares donde una gran civilización dejó algo de su esplendoroso pasado...

—A esa fauna pertenecía Ahmed Bahar. Pero eso no justifica su muerte. Es un crimen odioso. El que lo cometió, por otro lado, no se detendrá en matar a cualquier otra persona. Incluso a usted... o a mí.

—O a alguien que yo conozco —reflexioné, repentinamente sombrío.

—¿Qué quiere decir?

—No, nada. Me refería a otra mujer que, según Ahmed Bahar, podía llegar a estar también en peligro... Una mujer que yo deseo proteger de todo riesgo. Sobre todo, después de lo sucedido hoy frente al hotel...

—Le comprendo. —Ella se encogió de hombros—. No sé a quién se refiere, pero si Ahmed le dijo algo, es que algo sabía. Ya le dije que era un zorro ladino y astuto, un auténtico pirata de nuestro tiempo...

—También me dijo que usted nada tiene que ver con él, pese a todo.

—Y es lo cierto, lo crea o no.

—Ante todo, estemos en igualdad de condiciones. Usted sabe que yo soy Robin Madison, londinense y detective privado. Sabe que gané una fortuna en las quinielas, y todo eso. Yo no sé nada de usted, salvo que es una mujer muy atractiva, muy audaz y muy capaz de manejar un arma de fuego, si le obligan a ello.

—Tiene razón. Iguaemos condiciones. Mi nombre es Debra. Debra Welsh. Llámeme sólo Debra. Detesto que alguien me diga «señorita Welsh», si no es un siervo o un mendigo.

—Y aparte de ser Debra para los amigos o los enemigos..., ¿qué más es usted?

—Arqueóloga, señor Madison.

—Ya. Una profesión muy adecuada a este lugar —observé, irónico— . Por cierto; me causa el mismo horror que a usted el ser llamado «señor Madison»... Me gusta mi nombre.

—Muy bien, Robin. Ya estamos empataados en esto. Otra variante en su boleto.

—La vida no es un boleto, usted lo dijo.

—Quizá la muerte sí lo sea.

—Quizá. Pero no juego apuestas con la Muerte. Perdería siempre. Es arqueóloga. ¿Inglesa?

—Canadiense.

—Ya. ¿A qué ha venido a mi alcoba, si no pretende matarme?

—He venido a ver a Robin Madison. A hablar con él.

—Ya me ha visto. Ya me está hablando. ¿Qué más?

—He venido a encargarle un caso. Un caso muy especial.

—Lo siento. Me he retirado. Ya no acepto caso alguno.

—Éste es muy especial.

—Aun así. No hay trato. Lo siento.

—Vale dinero. Mucho dinero.

—Tengo dinero. Ya no me tienta todo eso.

—Es diferente esta vez. Es demasiado dinero, incluso para usted. Veinticinco mil libras esterlinas.

Me quedé sin aliento. A pesar de mi actual fortuna.

—¡Veinticinco mil...! —mascullé, aturdido—. Cielos, no... Es... es mucho...

—¿Lo ve? —rió ella, irónica—. Se lo dije. Es una fortuna.

—No hay ningún caso que pueda valerle a un investigador... veinticinco mil libras esterlinas[1].

—Éste, sí. Palabra. Cinco mil a la aceptación del caso. Diez mil más a las cuarenta y ocho horas. El resto, otras diez mil, al término del asunto.

Me froté el mentón. Ella sonreía, sarcástica, encogida en el asiento, cruzadas sus bellas piernas desnudas. Los ojos azules brillaban maliciosos. Los labios gordezuelos dibujaban un mohín burlón, a la expectativa.

—Sigue pareciéndome mucho —señalé—. Pero nadie renuncia a

una fortuna tontamente, por rico que crea ser. Y yo no lo soy tanto, después de todo. Añadir veinticinco mil libras a mi actual fortuna sería algo realmente bueno. Adelante, Debra. ¿De qué se trata? ¿A quién debo encontrar, qué misterio debo descubrir?

Debra Welsh me estudiaba atentamente. Tras un silencio, me espetó una respuesta nada concreta:

—Es un misterio insólito. Robin. No le será fácil resolverlo, ni mucho menos. Hasta hoy, nadie investigó algo así, estoy segura.

—Pero... ¿de qué se trata? —inquirí.

—De un crimen —aseguró ella, rotunda.

—Un crimen... —arrugué el ceño—. He investigado otros anteriormente.

—Ninguno como éste, puede estar seguro.

—¿En qué se diferencia?

—En todo. Debe encontrar a un asesino.

—Eso no tiene nada de anormal ni desacostumbrado. Acostumbra a ser labor de la policía, pero muchas veces uno de nosotros se anticipó a los organismos oficiales...

—Este caso, no hay policía oficial que pueda investigarlo.

—Nada de lo que dice usted tiene sentido, Debra.

—Lo tendrá, cuando sepa la clase de crimen y de criminal que debe investigar.

—Bien. ¿Qué clase de crimen? ¿Qué asesino?

—El asesino nunca se averiguó quién pudo ser. En cuanto a la víctima..., *la víctima fue asesinada hace tres mil cuatrocientos años*, Madison...

CAPÍTULO III

Tres mil cuatrocientos años.

Más de mil cuatrocientos antes de Cristo.

El más viejo caso criminal de que cualquier persona haya podido tener noticia. Y me era ofrecido a mí por una canadiense rubia, de ojos azules, de curvas estupendas, llamada Debra Welsh.

Veinticinco mil libras esterlinas por descifrar un misterio sangriento que databa de treinta y cuatro siglos de antigüedad...

—Es una locura —musité, enjugándome el sudor.

—¿Usted cree? —Debra Welsh agitó ante mí el talón bancario al portador, para el *Banco Nacional Egipto*, conformado por la propia entidad bancaria en El Cairo. Un talón por cinco mil libras esterlinas—. Esto no es ninguna locura.

—Pero... pero ¿qué objeto tendría... buscar a un asesino que murió hace treinta y tantos siglos? —objeté—. Quienquiera que fuese el culpable, pagó ya su crimen. Y la víctima, ni siquiera habrá dejado huellas de su paso por el mundo...

—Se equivoca. La víctima ha dejado la mejor huella de su existencia: su propio ser, su cuerpo. Por eso sabemos que fue asesinado.

—Acabemos esta historia de dementes. ¿A quién se refiere, Debra?

—A un faraón. Un antiguo faraón de la dieciocho dinastía. Oscuro, casi desconocido, pero con riquezas y poder como todos los grandes monarcas egipcios. Me estoy refiriendo a Anakhebamón I.

—Anakhebamón I... —repetí, sacudiendo la cabeza—. Leí algo. Se encontró su tumba, su momia. Ahora reposa en el Museo de El Cairo...

—Todavía no. Reposará el mes próximo. Actualmente, permanece en un recinto especialmente acondicionado para su cuerpo momificado, en Luxor. Los rayos X han descubierto el misterio de su muerte. Se atribuía a una enfermedad epidémica de su tiempo. Algunos historiadores afirman que falleció por envenenamiento, a

causa de la picadura de un reptil. Todo eso se ha desmentido ya científicamente. La radiografía del cráneo revela que se le hizo una trepanación precipitada, y sin motivo alguno, por no sufrir mal alguno cerebral. La trepanación, vista su realización, fue causa de su muerte, según los expertos. Y todo parece indicar que se le trepanó intencionadamente para acabar con su vida.

—Entonces, ya tiene un culpable —sonreí—. El trepanador real. ¿No existía ese cargo?

—Existía, sí. Pay-Gahn era, según un manuscrito hallado en la tumba, el trepanador real del entonces joven rey Anakhebamón. Pero allí no se menciona su intervención. Es más, se habla de que, dada la dolencia mortal del joven monarca, el sumo sacerdote y consejero real de Anakhebamón dispuso su aislamiento total, alejándole de su médico y de su trepanador, para que muriese en la paz del gran Amón, señor de Egipto.

—Entonces..., el propio sacerdote procedería a tal hecho. Siempre fueron los sacerdotes egipcios los regicidas más consumados, ¿no es cierto?

—Veo que no desconoce el tema. Pero Ptahmenet, sumo sacerdote del Imperio por entonces, acababa de ser desenmascarado en sus felonías contra los faraones y contra el pueblo, por el joven monarca y su leal consejero Atha Gurna, que fue su nuevo sacerdote máximo y quien le apartó de todo posible peligro. Por tanto..., ¿quién burló a Atha Gurna, ejecutando al joven rey?

—Cielos, es un misterio que, posiblemente, resulte fascinante en su terreno histórico, pero hoy en día... —Sacudí la cabeza—. Es una locura. Nadie puede descubrir un crimen cometido tres mil cuatrocientos años atrás. Aparte de que dudo que le importe demasiado a nadie.

—Olvida usted algo. Muchos faraones egipcios, por sí mismos o a través del poder de sus sacerdotes, dejaron tras de sí la estela de una maldición, extensiva a todos los tiempos. Ése es el caso de Anakhebamón I.

—Maldiciones faraónicas... —Me fui andando hasta el ventanal asomado al Nilo, con gesto escéptico—. Cielos, lo que faltaba...

—Ríase, si quiere, pero el asunto es grave. Muy grave. No sé si es una magia especial, un poder maléfico a lo largo de los siglos, o un virus dejado de alguna forma inexplicable a través de los tiempos,

pero dice el papiro que acompaña a la momia del faraón: «Malditos serán todos aquellos que profanen mi eterno sueño, si no es para vengar mi muerte y hacer justicia en el asesino...».

—¡Justicia! —Hice un gesto de escándalo—. ¿Qué justicia se puede hacer en un ser que murió hace treinta y cinco siglos, Debra? Aunque sepamos el nombre del culpable, ¿de qué servirá todo eso?

—No lo sé. Me limité a referir un pasaje del texto funerario que, acompañando al *Libro de los Muertos*, se halló junto a la momia de Anakhebamón I. Ningún arqueólogo ha entendido eso demasiado bien, pero preocupa a todos. Son muchos los casos de personas que han fallecido violentamente tras tener algún contacto con el difunto faraón, guiados sólo por una causa: el interés científico o el económico. Uno de ellos fue Ahmed Bahar. Otro, la desaparecida Dahlia Lot... Ambos estuvieron en la tumba del faraón, ambos buscaron lo que todos buscan aún.

—¿Y es...?

—La cámara del tesoro.

—¿El tesoro? —arrugué el ceño—. Creí que se había hallado con la tumba faraónica...

—Se halló un pequeño tesoro sin el valor inmenso que debe tener, forzosamente, el original. Se habla de otra cámara secreta, otra tumba donde reposan las grandes riquezas del joven Anakhebamón I. Un lugar adonde su asesino se llevó el mayor tesoro, tras profanar la tumba y robar otro documento que se supone hizo escribir Atha Gurna, el sacerdote leal, a su escriba y amigo Manhak, con el nombre del culpable. Todo eso, con la momia del asesino, se esconde en alguna parte del Valle de los Reyes, lejos de la tumba del faraón. Y eso es lo que debe ser hallado: el nombre del culpable.

—Empiezo a entender —dije, irónico—. El nombre de un culpable convertido en ceniza hace siglos y siglos... y un tesoro escondido por el criminal en aquella misma época. Suponiendo que los violadores de tumbas, tan abundantes entonces, no hayan arramblado ya con todo.

—Hay que esperar ese posible riesgo. —Debra me miró larga, profundamente. Luego, negó despacio—: Pero se equivoca en algo, hombre escéptico.

—¿En qué?

—En los motivos que me guían para hallar esa tumba, ese tesoro,

ese documento con un nombre maldito... No es el afán de riquezas, créame. Tengo suficiente dinero para no ambicionar nada. Soy rica, Madison. Muy rica. Tanto, que soy YO MISMA quien le ofrece esas veinticinco mil libras a cambio de su investigación.

—Pero, entonces..., ¿por qué? —Me intrigué.

—Por una razón muy sencilla —dijo, solemne—. Yo también he tenido contacto con la momia y la tumba del faraón Anakhebamón I. Y sé que moriré, víctima de su maldición, si antes no ayudo de algún modo a descubrir al culpable de su muerte. Sólo eso puede salvarme...

—Usted, una mujer científica, joven, inteligente, culta... Una arqueóloga..., ¿cree esa patraña fantástica de la maldición faraónica? —me asombré.

—Tengo que creerla, Madison —fue su respuesta—. Estuve en su tumba, examiné su momia y sus papiros. Pero no iba sola. Me acompañaba mi tío Agnew... Se rió de la maldición... Escuche esto, Robin Madison: yo fui testigo de su muerte. Yo le vi morir, como fulminado, en el jardín de nuestra casa de Ottawa... POR UN SER QUE SURGIÓ DE LA NOCHE Y A LA NOCHE VOLVIÓ, DESAPARECIENDO. Un ser CUYO ROSTRO ERA LA FAZ MISMA DEL JOVEN FARAÓN MUERTO...

* * *

Estudié aquel rostro.

Al menos, si no el de la momia, irreconocible por su matiz negruzco, enjuto, apergaminado, ensuciado y estropeado por los aceites y ungüentos balsámicos aplicados sin orden ni concierto por los embalsamadores, sí el de su rica mascarilla, atracción en el *Museo Egiptológico de El Cairo*.

Un joven, hermoso e inquietante personaje con su tocado real, su cobra sagrada, su látigo y su cetro, símbolos de realeza. Sus ojos rasgados, profundos; su boca carnosa y risueña, su majestuosa arrogancia, su personalidad fuera de lo común.

Había sido así el rostro del joven faraón, según los artistas de su época. Y aquél, según Debra Welsh, era algo más que el rostro de un monarca asesinado tres mil cuatrocientos años antes.

—Así era —dijo—. Está usted viendo el rostro del asesino.

—¿El asesino de Ottawa? —quise saber, pensativo.

—Eso es. El ser que mató a tío Agnew. Llevaba una larga prenda oscura. Podía ser una túnica o un sencillo abrigo, no lo sé. La noche era oscura y fría. Nevaba.

—Y, sin embargo..., el faraón pasó el Mediterráneo, luego el Atlántico, llegó al Canadá... y mató a su tío Agnew —completé, sarcástico.

Ella me estudió con ira. Cerró de golpe el volumen de estudios de Egiptología que yo sostenía sobre la mesa.

—Sé que se está burlando de mí —admitió ella fríamente—. Dije la verdad, sin embargo. Yo misma fui testigo. Vi al faraón. O, cuando menos, vi ese rostro. Era el de la persona que mató a mi tío.

—Ya —me froté el mentón, sin saber si reír, enviarla al diablo o ponerme serio—. ¿Cómo mataron a su tío Agnew?

—Con esto —dijo, con una sencillez escalofriante.

Hurgó en su amplia prenda similar a un safari desabotonado sobre sus nada despreciables senos. Extrajo algo que me causó extrañeza. Y lo puso, tan tranquila, sobre la mesa.

Miré, fascinado, la pieza. Era un arma de bronce, sin lugar a dudas. Vieja, oxidada, sin lustre alguno. Una daga. Una daga broncea de guerrero egipcio... Calculé su antigüedad por encima y, aunque no soy un experto, me resultó entre tres y cuatro mil años. Un sutil escalofrío recorrió mi espina dorsal.

—Hay armas así en museos y colecciones privadas —argumenté, tratando de ser escéptico y dar a todo un fondo de lógica.

—Claro que las hay. Pero raramente se usan. ¿Usted oyó hablar de asesinos que las utilizaran? —Los ojos de Debra Welsh me taladraban materialmente al hacer la pregunta.

—No —confesé—. Tampoco se usa habitualmente el curare, pese a los autores de retorcidas novelas policíacas. Ni la cerbatana o el lazo de seda negra de los estranguladores de la India. Sin embargo...

—Sin embargo, los novelistas de su país no sienten escrúpulo alguno en recurrir a esos procedimientos —señaló ella con un gesto de desdén—. Pero esto no es una novela inglesa de intriga. Es la realidad, Madison. Y en la realidad, las cosas se hacen por una razón, ajena al capricho del autor.

—Sí: el capricho del asesino, por ejemplo.

—¿Cree que todo eso de la mascarilla del faraón y la daga de

bronce de la dinastía XVIII son puro capricho de un criminal maníaco de cosas remotas? —me interrogó.

—¿Por qué no? —Sonreí—. Eso es más razonable que imaginar venganzas faraónicas a miles de años de distancia...

—El crimen no es razonable, Madison. Y menos cuando existe por medio una maldición que pasa fronteras, mares, océanos... y siglos. De cualquier modo, mío es el dinero. Quiero descubrir la verdad. Quiero hacer justicia al faraón cuya tumba profané con tío Agnew. Eso puede salvar mi vida, el ritual egipcio de su cámara funeraria así lo decía: «... Malditos serán todos aquellos que profanen mi tumba, si no es para vengar mi muerte y hacer justicia en el asesino...».

Sin saber por qué, me sentí preocupado. Incliné la cabeza. Reflexioné. Se había hecho tarde. Entre Debra Welsh y yo, una botella de ginebra y dos de refresco, dos vasos de combinado, cubitos de hielo, cigarrillos humeando en el pesado cenicero de vidrio de mi alojamiento en el *Nilo Hilton*... Afuera, la noche apacible, estrellada y cálida de El Cairo, las luces reverberando en el Nilo, acaso sombras ancestrales flotando sobre los jardines oscuros, llegadas de más allá de los tiempos, de más allá de la Muerte...

—Justicia... —repetí. Y ya no había tanto escepticismo en mi voz. Me froté la mandíbula, inquieto—. Justicia para el faraón muerto... ¿De qué servirá ya, Debra?

—Según los egipcios, había otra vida más allá de ésta. Quizá ellos tenían razón. Quizá allí no se reposa, mientras las cosas no se dejan en su sitio en este mundo. No sé qué pensar, pero quizá...

—Sí —suspiré—. Quizá.

Me puse en pie. Di unos pasos por la habitación confortable, de aséptico aire acondicionado. Todo aquello, en aquel falso ambiente tropical, producto de los métodos nada ancestrales de la cadena Hilton, me resultaba inverosímil. Grotesco casi. Sin embargo...

—¿Qué quiere que haga? —murmuré al fin, metiendo las manos en los bolsillos, quedándome de espaldas a ella.

—¿Eso significa... que acerca el caso? —Hubo en su tono como una vibración esperanzada, anhelante.

—Eso significa que quiero saber lo que espera realmente de mí. No es fácil investigar un crimen de siglos.

—Lo sé. Por eso busqué al mejor detective privado capaz de hacerlo. Lástima que ese hombre sea usted..., porque ahora ni siquiera necesita el dinero para vivir.

—El dinero siempre se necesita. Usted quizá tenga demasiado, Debra. Pero incluso un millonario desearía los tesoros de Anakhebamón I, para ser infinitamente más rico. Para sacarlos del país. Para coleccionar, quizá, y sentir el enfermizo placer de disfrutar de su contemplación él solo...

—Los hay así, es cierto —afirmó Debra Welsh—. Yo conozco a uno. El peor pirata de todos, por cierto. Un americano rico, capaz de gastar millones en robar la Gioconda, la Victoria de Samotracia, la momia de Anakhebamón I o el féretro con los restos de Bonaparte, por ejemplo... Cuando se tropieza con una joya de interés nacional, una obra de arte cuya salida, del país prohíbe el Gobierno de modo tajante, él intenta sacarla clandestinamente de esa nación, sobornando, robando o haciendo lo que esté en su mano.

—Conozco a muchos de esa clase. ¿Ese hombre a quien se refiere está ahora en Egipto tal vez?

—Debe de estar ya, o llegará de un momento a otro —suspiró ella.

—¿Sabe su nombre?

—Sí. Y el de su yate de pirata millonario. El yate es el *Teseo*. Y él se llama Duncan Freeman. Posee una fortuna de más de cien millones de dólares.

—El *Teseo*... ¡Allí viene mi prometida! —exclamé—. Y es invitada especial de Duncan Freeman.

—Pues ahora ya sabe la clase de hombre que es su anfitrión... Si él viene a Egipto es, posiblemente, por hallar también lo que nosotros buscamos. Pero sólo para quedarse con el tesoro y sus riquezas arqueológicas, sin detenerse ante obstáculo alguno. Duncan Freeman sería capaz de todo con tal de alcanzar su propósito.

—¿De todo? —La estudié, pensativo—. ¿Incluso... de matar?

Ella afirmó despacio.

—Sí —dijo—. Incluso de matar.

Hubo un corto silencio. Recordé ciertas palabras pronunciadas por teléfono: «Tendrá que aceptar este caso. ¿O prefiere ver muerta a Evelyn Graham?».

Ahmed Bahar, el árabe asesinado por un «Mercedes Benz» robado posiblemente a un turista. Él dijo esas extrañas palabras... Ahmed

Bahar, de quien había dicho Debra Welsh que se dedicaba a piratear las riquezas nacionales, sin escrúpulos. Como Duncan Freeman, aunque sin duda en menor escala... Bahar era un rico anticuario, pero nada más. Freeman era un magnate, un potentado. Dahlia Lot trabajaba con Bahar. Me pregunté, en voz alta, en un murmullo:

—¿Trabajaría Bahar para Duncan Freeman?

Ella me oyó. Capté su respuesta:

—¿Por qué no? Era el servidor idóneo para un tipo como Freeman. Éste nunca se complica directamente en nada. Paga a otros. No se le puede acusar. Es demasiado listo para eso.

—¿Y Dahlia Lot?

—Dahlia era buena amiga de Bahar. También podía serlo de esa organización...

—Y Dahlia desapareció. Y Bahar pagaba por hallarla... Y usted me paga por descubrir un crimen con milenios de vejez... Cielos, esto no tiene sentido. O tiene demasiado, Debra.

—No sé lo que buscaba realmente Bahar. No sé lo que pudo sucederle a Dahlia Lot para desaparecer. Pero sé que a él le asesinaron. Y a mi tío Agnew, también. Bahar, acaso, entró en la tumba del faraón y turbó su reposo. Recuerde que sigue en Luxor. Hubo intrusos en el recinto donde se conserva la momia, pero la guardia no pudo hallarlos, tras ponerlos en fuga...

—Otra vez la famosa maldición faraónica...

—Mientras no haya nada mejor..., ¿por qué no ha de ser válida? A mí me aterra, por ridículo que le parezca, Madison.

Miré a aquella mujer equilibrada, inteligente, rica y culta, que era Debra Welsh. Además de todo eso, era joven y hermosa. No imaginaba que pudiera sentir miedo por nada, y menos aún por una influencia milenaria que la ciencia rechazaba. Ella, que era precisamente arqueóloga... Además de ridículo, me pareció inexplicable.

—No sé... —mascullé—. Estoy hecho un lío.

—Pero..., ¿acepta o no el caso? —me apremió ella, tensa su voz.

No me volví. No dudé. No supe por qué, en ese momento, me vino la idea absurda y disparatada a la mente. Sentí qué era como un desafío. La posibilidad de demostrar, antes de mi retirada definitiva como investigador, que fui el mejor detective del mundo. El único capaz de viajar en el Tiempo y descubrir a un asesino muerto más

de treinta siglos atrás.

Era un reto a mi vocación, a mi persona. Y quizá hice la mayor de mis locuras. Sencillamente, respondí:

—Acepto.

CAPÍTULO IV

—¿Qué dices? ¿Qué has aceptado?

—Eso es, Evelyn —sonreí—. He aceptado.

—¿Estás loco? —estalló ella, enarcando sus cejas cobrizas, de suave color rojo, como su cabello. Los grandes ojos verdes me miraron centelleantes. Eran centelleos de ira y de disgusto—. ¡Me has prometido no volver a investigar más misterios! ¡Me has enviado un radiograma a Atenas ofreciendo ser mi esposo y olvidarte de tu profesión para siempre!

—Lo siento, Evelyn. Sólo será esta vez. De veras lo siento. Luego...

—¡Luego será otro caso, y otro, y otro...! —Evelyn Graham movió la cabeza con ira—. Robin, la maravillosa sorpresa de encontrarte aquí, esperándome..., la acabas de estropear con lo que me has dicho...

—No puede tener tanta importancia para ti, Evelyn. De no ser por ese premio imprevisible, yo seguiría siendo detective. Un oscuro investigador, muy lejos de poder ofrecer nada a la hija de los Graham...

—Y ahora que puedes al fin ofrecérmelo, ahora que puedes abandonar esa absurda profesión tuya y olvidarte de semejantes asuntos..., ¡aceptas un caso en el que tienes que descubrir quién mató a un rey egipcio mil cuatrocientos años antes de Cristo! ¿Estás realmente en tus cabales, Robin, o tu repentina fortuna te alteró el sentido común?

Sonreí, encogiéndome de hombros. No podía decirse que mi primera visita al *Teseo*, anclado en el Nilo, frente a la vista hermosa de El Cairo en plena mañana, con su juego maravilloso de verdes, azules y blancos, fuese un verdadero éxito.

El bello, amplio yate del magnate americano Duncan Freeman, amigo de los Graham y anfitrión de Evelyn, se mecía suavemente en el embarcadero del *Club Náutico* cairota, en lugar preferente. No había brisa, pero las azules aguas del viejo Nilo tenían una suave ondulación que movía el casco blanco del hermoso barco de recreo. En su cubierta, el toldo de franjas de color protegía a los invitados y

al anfitrión de la fuerza de la luz solar, ya muy intensa a aquellas horas. Desde una hamaca confortable, vestido de blanco, con un vaso de combinado en su mano, un hombre alto, enjuto, bronceado y canoso de cabellos me contemplaba atentamente, con fulgurantes ojos negros, agudos y brillantes como cuentas de vidrio.

Era Duncan Freeman en persona. El amo del *Teseo*. El hombre que hacía de su fortuna un instrumento para su fabulosa colección de obras de arte, allá en su casa-museo de Nueva York.

Evelyn estaba turbadoramente bonita con sus pantalones cortos, de fresca seda amarilla, su blusa blanca, abotonada sobre el seno juvenil y agresivo. El sol mediterráneo había dado tonalidades de bronce a sus bien formadas piernas.

—Creo que nací con vocación de policía —suspiré—. Lo siento, querida. Fui débil. Acepté.

—Puedes volverte atrás, rechazar el encargo...

—No, no puedo.

—No hay compromiso que no se rompa. Devuelve el dinero que te ofrecieron. Di que lo has pensado mejor, que no seguirás adelante...

—Es que mentiría, Evelyn. Puedo devolver el dinero, dar una excusa, pero averiguar quién mató a Anakhebamón... es superior a todo eso. Es... fascinante. El sueño de un investigador.

—No vas a descubrirlo, pese a todo, Robin. Eso es disparatado. Si no existe un documento que diga quién lo hizo..., los muertos no hablan. No puedes ir al pasado, ni el faraón o su asesino venir al presente. Es un caso grotesco. Ni siquiera hay caso, realmente. Si no fuese por el dinero..., diría que alguien se burló de ti.

—Evelyn, antes acepté otro caso. La búsqueda de una mujer desaparecida.

—Maravillosa... ¿No hay ningún otro asunto perdido por ahí que necesite del genio investigador de Robin Madison? ¡No eres Sherlock Holmes, Robin!

—Esa muchacha desapareció —dije, imperturbable—. Alguien me pidió que la hallase... o tú morirías.

—¿Yo? —Ella dio un leve respingo, aturdida.

—Así me lo dijeron. Tuve que aceptar. Pero el caso no siguió adelante. Cuando mi cliente iba a verme, le mataron. Un coche le arrolló ante el hotel.

—Un accidente oportuno que te evitó verte metido en cien casos a

la vez —dijo ella, sarcástica.

—No fue un accidente. Fue un crimen, Evelyn.

—Un crimen... —susurró ella, aturdida—. Cielos, Robin, no entiendo nada...

—Yo tampoco. Pero ellos sabían de tu existencia. Y de tu llegada en este yate. Por cierto: el hombre muerto se dedicaba a robar obras de arte para clientes millonarios. Obras de las que los Gobiernos no desean privar al patrimonio nacional, ¿entiendes? Hay quien cree que trabajaba para tu anfitrión, Duncan Freeman. Igual que Dahlia Lot.

—Me asombras, Robin. Pero todo eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—No lo sé. El hecho de que conocieran tu inmediata llegada a El Cairo en este yate prueba que había una relación Ahmed Bahar-Dahlia Lot-Duncan Freeman. Sabían que tú eres mi prometida. Y me coaccionaron con eso hasta que alguien les mató.

—Y todo ello..., ¿dónde encaja con el misterio de tu faraón? —suspiró ella, aturdida.

—Lo ignoro. Pero Ahmed profanó su tumba. También un hombre llamado Agnew Welsh, un canadiense asesinado en Ottawa. Ambos asesinados, ¿entiendes? Dahlia Lot visitó esa tumba clandestinamente. Ha desaparecido. Puede haber muerto.

—Ya. La famosa maldición típica de los reyes egipcios... —se burló ella, irónica.

—Quizá. El faraón no descansará hasta que se haga justicia a su muerte.

—Y tú te has atribuido el heroico papel... con treinta y cuatro siglos de retraso.

—No sé si es heroico o no. Pero he aceptado. Creo que no viviría nunca tranquilo... si no cumpliera lo prometido. Es algo superior a mí, no sé...

—Quizá el influjo del faraón.

—Quizá. Lo cierto es que lo investigaré.

—Ya —ella le miró, glacial—. ¿Es una decisión definitiva?

—Definitiva, Evelyn —afirmó.

—Y... y si yo... —comenzó a pasear por la cubierta, calmosa—. Si yo, ahora, te diese a elegir, Robin Madison..., entre investigar ese absurdo asunto... o casarte conmigo..., ¿qué resolverías?

—¿Qué pretendes decirme con eso? —quise saber, entornando los

ojos, fijos en ella.

—Lo que he dicho. —Se detuvo. Bruscamente, giró hacia mí, clavó sus ojos en mi rostro—. Robin, tienes que elegir. Quiero casarme contigo. Siempre lo quise. Es el momento. Ahora. Casémonos aquí. Pero olvídate de que fuiste un detective, un investigador privado. Ya no necesitas serlo. Renuncia a ese caso. Seamos marido y mujer. Y olvidemos lo demás.

—Podemos casarnos, Evelyn. En realidad, es lo que vengo a proponerte. Pero eso no es obstáculo. Investigaré la historia de Anakhebamón I. Luego..., ni un caso más. Ni uno solo. Es el último. Tienes mi palabra; Evelyn.

—No me has entendido, Robin. No acepto eso. Te di a elegir: el faraón muerto... o yo.

—¿Es una elección? ¿Un dilema?

—Si quieres llamarlo así...

—Discutamos antes, razonemos...

—No hay discusión. Estoy harta de razonar. Elige. Es todo, Robin.

—¿Definitivo?

—Definitivo, sí.

Duncan Freeman se había levantado. Caminaba hacia nosotros, con su vaso de combinado en la mano. Cortés, arrogante, casi aristocrático. Esbelto y frío. Con una sonrisa irónica, casi insultante, en sus labios delgados bajo el fino bigote canoso. Era un *gentleman*. Cuando menos, en apariencia. Yo sabía lo que había tras aquella apariencia honorable. El origen de muchas de las piezas de su museo neoyorquino era inconfesable.

—Bien —suspiré. Miré fijamente a Evelyn. Hablé tajante—: Ya elegí, querida.

—Me alegra que seas razonable —sonrió ella, acercándose—. Sabía que lo entenderías, Robin, querido...

—Te equivocas —sonreí glacialmente—. Elegí el faraón muerto...

Y, dando media vuelta, me encaminé a la barandilla, a la escalinata que bajaba hasta la canoa a motor encargada de llevarme a la orilla del ancho Nilo.

Ella quedó muda, sin aliento, a mi espalda. No la oí ni respirar. En cambio, Duncan Freeman me alcanzó cerca de la escalerilla. Puso su mano enjuta, delgada, de dedos huesudos y oscuros, en mi brazo.

—Espere, Madison —dijo, con su voz correcta y fría—. Creo que

comete un error. Me permití escuchar lo que hablaban. Sé lo que Evelyn siente por usted... e imaginé que usted compartía esos sentimientos.

—Le ruego que no se mezcle en esto, señor Freeman —hablé, acerado el tono—. Es un problema íntimo entre ella y yo.

—Lo sé. Pero no obra bien. Comete un grave error al rechazarla. Ese asunto de un faraón asesinado hace siglos no tiene sentido...

—¿No? —Le miré muy fijo—. Creo que para usted sí lo tenía. Anoche fue asesinado su amigo Ahmed Bahar, justo ante mis narices. Y Dahlia Lot no aparece. Ambos estaban mezclados en la búsqueda de los tesoros artísticos y de todo tipo de Anakhebamón I... Curioso, ¿no?

—No tengo ningún amigo llamado Ahmed Bahar. No conozco a ninguna Dahlia Lot —me replicó él, incisivo—. Colecciono piezas de arte, pero no tengo el menos interés en un asunto tan oscuro como ése. Ni siquiera se sabe que exista un segundo tesoro, Madison. Además, ese faraón da mala suerte. Será mejor que se mantenga lejos de él y de sus viejos problemas.

—¿Eso es un consejo... o una amenaza?

—¿Amenaza? —sonrió irónico el millonario, mirándome burlón, con el cigarrillo de boquilla especial apretado por sus delgados labios—. Cielos, yo no soy un faraón, Madison...

—Entonces, guárdese sus consejos. No los necesito. Buscaré la verdad sobre la muerte de Anakhebamón I. Y si para ello debo dar con su tesoro y sus documentos, lo haré. Pero bien entendido de que ninguno saldrá de este país..., ni nada será profanado, si no es para ayudar a que la justicia permita reposar eternamente al faraón en su merecida paz...

—Está loco —rió Duncan Freeman—. El sol africano no le sienta bien, Madison. Protéjase de él cuando pueda... antes de que reblandezca fatalmente su cerebro.

—Lo procuraré. —Le miré, irónico—. Y usted protéjase de las autoridades egipcias. Y de mí. E incluso del faraón, a quien no le gusta que profanen por lucro su eterno sueño...

—¿Lucro? Me está insultando en mi propia casa, Madison —silabeó el magnate, irritado, endureciéndose su mirada—. Yo no soy un ladrón de tumbas, recuérdelo. Me sobran millones para descender tan bajo...

—Pero no le sobran para comprar lo que el Gobierno egipcio no quiera vender —le acusé—. Y entonces, la gente como usted no vacila en robarlo, como el peor expoliador de tumbas...

—Esas palabras le costarán caras, maldito inglés estúpido —se soliviantó Freeman.

El rico americano me tiró un golpe inesperado. Era un *gentleman* enjuto y frágil en su aspecto, pero lo que hizo me enseñó a no confiar en las apariencias. Porque su mano dura, nervuda, enjuta, me disparó un seco golpe de karate, capaz de lanzarme al agua sin conocimiento y con un buen dolor en el cuello.

Le falló ese golpe. O, más bien, hice yo que le fallara. Aunque algo tarde, advertí su técnica de luchador experimentado. Y con un contragolpe, frené su peligrosa mano, y a mi vez le solté un golpe más contundente, sin tanto alarde académico. Pude utilizar también el karate que yo sabía, pero no quería hacerle demasiado daño. Sólo fue un buen escarmiento.

Mi mazazo, sencillamente con el puño derecho, seco y demoledor sobre su hígado, le dobló sobre sí mismo, con una rara lividez bajo su piel curtida. El magnate dio una voltereta, salvó la barandilla situada a su espalda y fue a caer en una lona, junto a un bote salvavidas, en grotesca, cómica postura.

Varios hombres de blanco uniforme, miembros de la dotación de Freeman a bordo del *Teseo*, corrieron hacia él para auxiliarlo. Otros, con cara de pocos amigos, vinieron hacia mí, decididos. Abajo, los dos tripulantes de la canoa a motor, apercebidos de lo que sucedía a bordo, me esperaron, dispuestos a ser menos amables que en el viaje de ida.

Burlé a todos con una pirueta, lanzándome por la borda. A nado, alcancé la orilla. Vi a Evelyn, preocupada y con expresión, de disgusto, siguiendo mis brazadas desde la barandilla del yate. Reí, al salir al embarcadero del club, empapadas mis claras ropas tropicales.

Pero el clima de Egipto es cálido y muy seco. Antes de alcanzar el hotel, ya tenía el tejido sin humedad apenas. Aún me divertía pensar en la humillación que había sufrido el millonario ante sus invitados y tripulantes.

En el hotel no me esperaba nadie. Debra Welsh, que había prometido acudir aquella mañana, para iniciar juntos la

investigación, aún no había llegado.

Subí a mi habitación, pensando en Evelyn, en su negativa, en su arrogante decisión. Me dije que conocía aún muy poco a la gente de su mundo, incluida ella. Tal vez mi modo de ser la había hecho sentirse humillada. Si era así, esperaba que lo comprendiese. Pero yo no era hombre que cediera a dilemas o coacciones.

Entré en mi habitación. Apenas lo hice, supe que, de nuevo, no estaba solo en ella.

Pero esta vez no tuve tiempo de más.

Fue como si el techo se derrumbara bruscamente encima mío, aplastándome. Sentí un impacto formidable en el cráneo, vi luces de todos los colores girando ante mis ojos, y me derrumbé de bruces hacia el suelo, que parecía llegar hacia mí a velocidad supersónica.

Ni siquiera vi a quién o quiénes me golpeaban. Cuando toqué el suelo, ya no veía, sentía ni pensaba. Había perdido la noción de todo.

* * *

—¿Cómo va eso, Madison?

La pregunta flotó en mi entendimiento borrosamente. Cuando la visión se concretó, reconocí el bonito rostro inclinado sobre mí, los ojos azules, la melena dorada...

—No lo sé —murmuré—. Parece que bastante mal... a juzgar por mi cabeza.

—No se queje —rió Debra Welsh—. Tiene la cabeza dura como una roca. Recibió un golpe considerable. Otro cualquiera estaría en el hospital. Usted sólo tiene una pequeña herida sin importancia.

—Y mucho dolor —me quejé, cerrando otra vez los ojos.

—Eso no es mala cosa —sonó una segunda voz—. Lo importante es que está vivo.

Abrí los ojos de nuevo. Miré al que había hablado. Era de estatura mediana, algo rechoncho, tez oscura, ojos grandes y astutos, ropas claras, bastante bien cortadas. Un árabe. Paseaba por mi habitación como si ésta fuese *Piccadilly Circus*.

—¿Quién es usted? —quise saber.

—Abdul Sheik, señor Madison —me informó él, brusco. Me mostró algo, con ademán también lleno de brusquedad: una credencial—.

Inspector de la policía de El Cairo...

—Este hotel resulta divertido, inspector —gemí—. Todo el mundo entra en mi habitación cuando y como quiere...

—Eso puede suceder en cualquier hotel del mundo, si se tiene una llave maestra —sonrió él—. Y mejor aún, si el intruso o intrusos viven en el mismo hotel...

—¿Es así? —me sorprendí.

—Debe serlo —afirmó él—. Desde la muerte de Ahmed Bahar, que descubrí venía a verle a usted, hice vigilar la entrada al hotel. Tenía dos hombres en el vestíbulo todo el día. Sólo vieron pasar a la señorita Welsh, que halló su habitación abierta, y a usted en ese estado. Ni un extraño más. Por tanto...

No dije nada, pero la idea no me gustó. Era como estar a merced de cualquiera de los varios cientos de clientes del suntuoso hotel día y noche. Si uno o varios de ellos tenían medio de entrar en mi alojamiento, sería como dormir en pleno pasillo.

—Supongo que no llegó a ver a sus agresores... —insinuó Debra.

—No, no pude ver nada. Apenas entré, me golpearon. ¡Y de qué modo!...

—Debieron ser dos, como mínimo —habló el inspector egipcio Abdul Sheik—. A juzgar por las huellas dejadas, cuando menos. Vea, señor Madison. Supongo que usted no dejaría así su habitación al salir esta mañana del hotel...

Me había incorporado, con la ayuda de ambos. Debra sujetó mi brazo. Su proximidad hacía que la punta de sus bien dibujados y firmes senos rozaran mi torso.

Era una agradable vecindad, sin duda. Pero lo que vi me quitó toda grata sensación.

Aquello era una jaula de locos. Era como si los hermanos Marx hubieran pasado por allí en una de sus delirantes tropelías. Ni un mueble en su sitio, ni una alfombra sin arrugar, ni un almohadón sano, ni un colchón ileso, ni una maleta abierta, aunque fuese reventando las cerraduras, desgarrando con tajos el fondo, tras vaciarlas y tirar por doquier las prendas que contenían, como buscando un folletinesco doble fondo...

—¡Diablos, vaya destrozo! —gemí.

Debra Welsh me contemplaba fijamente. También él inspector Sheik, de la policía de El Cairo. Yo volví mis ojos hacia ellos,

procurando que no leyeran nada en mi gesto.

—¿Entiende usted por qué hicieron esto? —me preguntó el inspector.

—¿Cómo quiere que lo entienda? —me quejé.

—Es evidente que buscaban algo... —apostilló Debra Welsh, mordiéndose su jugoso labio inferior, pensativa.

—Sí, pero ¿qué? —murmuró Abdul Sheikh, mirándome—. Señor Madison, le ruego revise todo cuanto hay por aquí... y me diga qué echa en falta.

No dije nada. Caminé despacio, torpemente. Entre almohadas desgarradas, con su contenido disperso, un colchón hecho trizas, una cama levantada, sillas y mesas volcadas, cuadros arrancados de los muros, maletas desventadas y ropas tiradas por todas partes... Hasta un tubo de crema de afeitar había sido desgarrado, dispersando la espuma por doquier. Como si una bandada de maníacos destructores hubieran pasado por allí en loca cabalgada.

Hallé el portafolios de piel marrón de Ahmed Bahar desgarrado, con los folletos y documentos tirados por todas partes. El libro sobre el Antiguo Egipto había sido des encuadernado y sus hojas tiradas por doquier.

—No —dije, sereno, volviéndome—. A primera vista... no falta nada.

—¿Seguro? —dudó el policía egipcio.

—Seguro —afirmé. Hallé mi pistola automática bajo la cama, con su funda sobaquera, y la mostré, risueño—. Incluso esto lo dejaron..., aunque sin balas.

Miró críticamente el arma, asintiendo.

—¿Tiene licencia para utilizarla? —quiso saber.

—Sí, la tengo. Mi oficio es investigador privado, inspector.

—¿Y la autorización de mi Gobierno para portar arma en Egipto? —se interesó.

Busqué en mis ropas. Tenía revueltos mis documentos, desgarrados los bolsillos de mi pantalón y chaqueta. Pero hallé el papel que me extendieran a mi llegada funcionarios de la policía local. Sonreí.

—No me gusta nunca estar desprevenido... ni faltar a las leyes del país donde vivo —dije.

—Sí, entiendo —asintió el funcionario de policía de El Cairo. Su mirada enigmática se mantuvo clavada en mí—. Usted piensa en

todo. Incluso en sí mismo. Si algo le faltase o conservara algo que sus inoportunos visitantes buscaban..., no creo que lo dijese en modo alguno, señor Madison. Pero eso sería un error. Un grave error por su parte...

Saludó, cortés, dirigiéndose a la salida. Debra Welsh me ayudó a caer con cierta comodidad en un sillón cuyo tapizado se salía como las tripas de un animal abierto en canal. Oí la voz del policía por el corredor, fría y correcta:

—La Dirección del hotel está avisada. Irá a otra habitación... con cerradura especial instalada por mis hombres. Sólo usted tendrá una llave. Y yo, otra. Pero le prometo no utilizarla, si no me obliga a ello.

—Muy amable —suspiré—. Y no olvide las terrazas y galerías exteriores. A veces se puede pasar de una a otra...

—Descuide —habló—. No lo he olvidado. Su terraza será solitaria, aislada de las otras. Sólo volando se podrá llegar a su piso, palabra...

Nos quedamos solos Debra y yo. Ella me miró muy fija, pensativa. Y preocupada, según parecía.

—¿Dijo verdad? —musitó—. ¿No falta nada aquí?

—No, no falta nada —dije, con una mueca burlona.

—Pero hay algo, ¿no? —musitó—. Algo que buscaban los agresores, estoy segura...

—Claro que lo hay —reí. Había vuelto a llenar mi arma de balas con un nuevo cargador. Me puse la funda bajo la axila zurda—. Pero no voy a decirle qué.

—Soy su cliente, Madison —me recordó, dolida.

—Claro —la miré, risueño—. También podría ser la persona que me golpeó. Después de todo, usted estaba aquí cuando llegó la policía...

—¡Madison! —se quejó la hermosa arqueóloga canadiense—. ¿Es que... va a sospechar también de mí?

—Yo, mi querida señorita Welsh, cuando investigo un asunto, aunque sea tan viejo como un faraón..., sospecho de todo el mundo. Y no me fío de nadie —fue mi agria respuesta.

CAPÍTULO V

Ya estaba solo en mi habitación del hotel. Debra Welsh se había marchado. También el inspector de la policía egipcia Abdul Sheik. Cerré la puerta con llave y pestillo. Había prometido ir más tarde a la nueva estancia reservada para mí, con absoluta seguridad contra agresores. De todos modos, mi estancia en ella no iba a ser muy prolongada.

Debra me lo había expresado justamente al marcharse:

—Mañana, al amanecer, partiremos hacia Luxor. Tengo una avioneta privada. La utilizaremos para el viaje. Duncan Freeman también leva anclas esta noche. Su destino es algún punto Nilo abajo. No me sorprendería que fuese Luxor también. Le adelantaremos en el camino, Madison. Nos acompañará un socio mío, Russell Bond, del Instituto de Investigaciones Arqueológicas del Gobierno canadiense. Un buen muchacho. Y de toda confianza...

La verdad es que yo no confiaba ya en nadie. Acostumbra a ser una buena y prudente medida contra ciertos riesgos. Sobre todo, a la vista de los últimos acontecimientos.

Me encaminé al acondicionador de aire. Hacía algo de calor en la habitación ahora. Me sorprendió que no notasen nada ni Debra, ni el inspector Sheik..., ni los asaltantes de mi habitación, ciertamente. Subí en una silla. Alcancé el aparato eléctrico, de manufactura norteamericana. Extraje de un estuche de pequeñas herramientas, que llevaba siempre conmigo en mi equipaje, un diminuto destornillador. Solté los tornillos de la tapa del acondicionador. Una bocanada de aire frío artificial me azotó el rostro. Casi fue un alivio. Frío, o caliente, me importó muy poco. Hundí la mano en el aparato. Extraje el pliego doblado, atado con tiras de papel adhesivo. Suspiré. Estaba seguro de que la fotocopia del jeroglífico, nadie la había tocado de allí.

Bajé, tras atornillar de nuevo la tapa. Dudé un momento. Luego, me quité un zapato. Levanté la plantilla. Lo puse dentro, y adherí de nuevo la lengua de suave piel con un poco de adhesivo. Salí de la

habitación tranquilamente, dirigiéndome a la nueva, con cerradura especial, preparada por el inspector Sheik, de acuerdo con la Dirección del hotel.

Pude ver algunos rostros árabes cerca mío que revelaban su indudable origen. Todos eran funcionarios de policía, distribuidos por el inspector. Fuese cual fuere su raza, su nacionalidad o el color de su piel, puedo oler a distancia a los hombres como ellos.

Cuando salí a pasear por El Cairo, como un turista más, supe que, cuando menos, dos de ellos me seguían a prudencial distancia. Formaba parte de las medidas de seguridad de Abdul Sheik. Tal vez, al mismo tiempo, de su vigilancia sobre mi dudosa persona.

Ni me sentí halagado, ni me enfurecí. Era algo previsible desde un principio. Como era previsible también que yo intentara burlarles en cualquier momento. Y no tardé mucho en hacerlo. Elegí, para ello, unos grandes almacenes. Subí a una planta, luego a otra. Adquirí ropas diversas, con celeridad, tras comprobar, de pasada, sus tallas. Luego, subí a un ascensor, bajando a la planta baja..., sólo para salir disparado del mismo, tomar la escalera y subir a otro piso, donde me cambié de ropas, dirigiéndome entonces al ala de servicio del edificio comercial. Me metí por una puerta prohibida al público, y salí a un callejón lleno de desperdicios, cajas de cartón, cubos de basura y cosas así. Me metí en la casa de enfrente. Resultó ser un lupanar árabe. Salvé tres plantas destinadas a burdeles diversos, alcancé la terraza, saltando a la azotea inmediata, y por allí bajé otra escalera, saliendo a una plazuela apacible, con jardines centrales, una fuente rumorosa y baldosines morunos, donde llamé a un taxi, dándole una dirección al sur de la capital cairota.

No volví a ver a mis seguidores, que debían andar locos, todavía dentro de los almacenes. Me reí, complacido. No eran los primeros policías a quienes burlaba. Aunque tal vez fuesen los últimos, si éste era, realmente, mi caso postrero.

Encontré una tienda de fotografía en una callejuela poco frecuentada. En inglés y árabe, anunciaba la inmediata realización de fotocopias. Me metí en un portal. Corté con una hoja de afeitar de mi cartera la fotocopia de Ahmed Bahar, representando aquel texto jeroglífico, en dos perfectos fragmentos, verticalmente, como se leían los cartuchos y los demás textos en lenguaje antiguo

figurativo de los egipcios imperiales.

Entré en la tienda. Pedí una fotocopia de cada fragmento. Un egipcio impávido, canoso y tristón, las hizo, tras mirarme en silencio, sin hacer preguntas. Yo le di una simple explicación:

—Son dos páginas de un libro de arqueología agotado. Necesito esas copias por si éstas se extravián, amigo.

Afirmó, encogiéndose de hombros. Me cobró una modesta suma. Le di una propina, y me fui. En el mismo portal vecino coloqué la fotocopia inicial en mis zapatos. Una pieza bajo cada plantilla. Las dos últimas copias obtenidas las uní con una cinta adhesiva. Sabía a quién dirigirme ahora. Y allí fui, sin pérdida de tiempo.

Necesitaba saber qué significaba aquel jeroglífico. Y cuál era su contenido.

También quería saber por qué alguien andaba tan desesperadamente en busca suya...

* * *

Yusef Ben Omar contempló, sorprendido, el jeroglífico reproducido por la grisácea, opaca fotocopia. Alzó su cabeza noble, de pelo negro, lustroso, bien peinado. Me miró, tras las gafas oscuras, de vidrios ovalados, color caramelo intenso.

—¿Dónde encontraste esto, Madison? —me preguntó, intrigado.

—Sería largo de contar. Un hombre que fue asesinado lo llevaba consigo. Han pretendido buscar algo. Dejaron todo lo que él llevaba. Prueba de que sólo buscaban eso...

—¿De modo que ha costado ya una vida? —indagó Yusef Ben Omar.

—Por lo menos —asentí—. Quizá dos. Hay una mujer desaparecida también. Puede estar muerta. Y puede relacionarse con todo esto, Yusef. Quisiera que me tradujeras eso...

—Lo haré —afirmó él. Me estudió largamente. Sonrió luego—. ¿Sabes la clase de fotocopia que me has traído?

—No, no soy un egiptólogo. No entiendo los jeroglíficos.

—Lo imaginaba. Es una pieza rara. Sería interesante saber dónde está el original de donde sacaron esta fotocopia. Es una tablilla. Policromada, sin duda, a juzgar por sus tonos. Un jeroglífico de la dieciocho dinastía.

—Debí imaginarlo —suspiré—. ¿Anakhebamón I?

—Dijiste que no entendías de jeroglíficos —me contempló, asombrado—. ¿Cómo supiste...?

—Simple deducción —sonreí—. De modo que lo escribió Anakhebamón I...

—No exactamente. Los faraones no se molestaban en esas cosas. Eran los escribas. O los sacerdotes. Esta tablilla es obra de un escriba notable de su tiempo. Su firma no necesita aparecer. Tiene su estilo peculiar. Es de Manhak.

—Manhak... Oí hablar de él. Relató la historia de Anakhebamón I.

—Sí, Madison. Esto forma parte de esa historia.

—Por favor, lee, traduce eso.

Yusef Ben Omar había sido miembro del Instituto de Cultura Oriental, en Londres. Una vez me ayudó en un caso. Yo, en justa correspondencia, le fui muy útil en un problema. Me prometió ayudarme en cuanto precisara alguna vez. Más tarde se marchó a su país. Ahora yo estaba allí. Y él iba a ayudarme...

—Está bien —suspiró, situando debidamente la luz de su despacho sobre el jeroglífico—. Voy a leerte esto, tal y como está escrito, en el lenguaje figurativo de entonces. Le daré una forma inteligible para ti. Y, tal como pretendió el escriba Manhak al escribirlo, lo referiré en primera persona. Como él lo hizo entonces. Igual que si el propio faraón nos contase su historia...

Carraspeó, se inclinó sobre el texto jeroglífico. Y comenzó a leer la historia de un hombre muerto tres mil cuatrocientos años antes. Como si él mismo la refiriese en estos momentos para mí desde el propio reino del *Libro de los muertos*...

Creo que una especie de profunda y tensa emoción me envolvió. Y salté en el tiempo. Y me fui a Egipto, mil cuatrocientos años antes de Cristo. A los tiempos remotos en que un hombre, un joven rey, fue muerto por alguien cuya identidad, aun hoy en día, continuaba en el misterio...

SEGUNDO LIBRO: «YO, EL FARAÓN»

»¡Oh, tú, espíritu que apareces en Urit y de quien escucho la voz de salmodia! No me entregué jamás a la cólera.

»¡Oh, tú, espíritu que te apareces en el lago Hekat bajo la forma de un niño! ¡No he sido nunca sordo a las palabras de la justicia!...».

(De *El libro de los muertos*).

«Tu aparición en el extremo del firmamento es hermosa.

»¡Oh, viviente Atón, el primero que vivió! Cuando te elevas en el extremo del firmamento, llenas todas las tierras con tu belleza...».

(Del canto de Akenatón al Sol).

CAPÍTULO PRIMERO

«Yo, el faraón, relato esta historia.

»Yo, Anakhebamón I, sé que voy a morir.

»No estoy enfermo, y voy a morir. Lo presiento. Lo sé. Como sé todas las cosas que son inevitables. Todas las que nuestro gran dios Amón, señor de todos los hombres y todas las tierras, dispone para nosotros, los humanos. Yo, el faraón, hijo divino de Amón, rey y dios de Egipto, lo sé. Y lo acepto. Lo temo y lo deseo. Es hermoso vivir y amar. Es hermoso, también, morir y alcanzar la barca de Ra hacia los campos de eterna felicidad...

»Yo, el faraón Anakhebamón I, de diecinueve años, espero tranquilo mi destino. Y llegue cuando llegue la muerte, estaré dispuesto a que el *ka* (alma) llegue a su destino supremo, a través del viaje sagrado del mundo de los dioses. El mundo de mi alma, que relata el *Libro de los muertos*, que deberá acompañarme en mi última morada...

»Es triste dejar a la hermosa Nefer Neheb, mi dulce esposa. Triste y confortante a la vez. Ella sabe que, de ese modo, la vida eterna será el premio para su esposo amante, el joven monarca que esto escribe.

»Será penoso dejar a los buenos amigos, fieles y honrados. Dejar al buen escriba Manhak, que esto escribe a mi dictado, en la umbría paz de mi jardín junto al Nilo, en la hermosa ciudad de Tebas, capital del Imperio. Donde los pájaros trinan, gozosos, y tiemblan sus alas, haciendo estremecer los campos espesos de papiros. Donde el dorado sol del día y la plateada luna de la noche juegan a esconderse o perseguirse durante las jornadas del año...

»Dejar a Atha Gurna, el nuevo sacerdote supremo, mi

fiel servidor y consejero. El que logró alejar de mí la sombra nefasta del siniestro Ptahnemet, mi anterior sacerdote, ahora siervo de Amón en el templo de Karnak... Y dejar al fuerte, indómito y rebelde Tappur, a quien a punto estuvieron de enviar a la ejecución, de no mediar ante mí Neftah, la sierra fiel y abnegada...».

* * *

—Neftah, levanta —dijo, solemne, el hombre alto, enjuto, grave y solemne que ocupaba el dorado trono de Tebas, trono de todo el gran Imperio egipcio—. Habla a tu señor y amigo...

Neftah, hermosa y dulce, apasionada y persuasiva, se lanzó a los pies de su faraón. Besó los dedos de sus pies, cuidadosamente manicurados, entre las tiras de oro de sus sandalias curvas.

—Te amo, mi señor —susurró—. Te amo como a mi faraón y mi dios. Te respeto como a tal, pero no puedo pensar que seas mi amigo. Sólo las clases inferiores son amigas de Neftah...

—Neftah es buena y es honrada —sonrió Anakhebamón I—. Todo el que es bueno y honrado, aunque sea siervo o vasallo, merece ser amigo de su rey.

—Los sacerdotes dirían que eso es un insulto a los dioses, mi señor... Lo divino no puede crear amistad con lo humano. Lo alto nunca se roza con lo bajo.

—Lo alto y lo bajo está en nuestras almas y sentimientos. Levántate, Neftah, criatura. Y cuenta tus cuitas a tu soberano, que él procurará ayudarte en todo. Como rey, como señor, como amigo.

—Mi rey, nadie puede ayudar a Neftah... —Las lágrimas rodaron de los grandes ojos almendrados de ella. Como las gotas de rocío sobre los lotos del Nilo; como el llanto de las plañideras en el funeral—. Nadie puede impedir que sea, desde esta noche misma, la más desventurada de las mujeres de Egipto.

—Neftah, eso es imposible —rechazó su faraón—. ¿Cuál es tu desgracia, criatura?

—Es Tappur, mi enamorado. El hombre que hubiera sido mi esposo.

—¿Hubiera sido tu esposo? —se asombró el faraón Anakhebamón

enarcó sus finas cejas, en el rostro altivo, soberbio, señorial, joven y hermoso—. ¿Acaso no va a serlo ya tan noble y fuerte guerrero, defensor de Egipto contra los nubios, héroe en la batalla contra los libios...?

—Y ahora, reo a muerte de mi señor —dijo ella, estallando en sollozos, caída a sus pies.

—¿Eh? ¿Qué dices? —El la miró, atónito—. ¿Tappur..., reo de muerte? ¿Desde cuándo?

—Desde ayer, mi señor. Cuando tú firmaste su sentencia de muerte...

—¡Yo! Nunca firmé tal cosa, Neftah... ¿De qué hablas? ¿Acaso te embriagaste de dorado vino o de espumosa cerveza para hablar de ese modo?

—Ni una cosa ni otra. Neftah no bebe ni pierde su conocimiento cuando habla. Mi señor, es tu sentencia. Tappur va a morir. Esta noche. En la plaza pública. Con otros hombres...

—Espera... —Se irguió la alta, delgada, sobria figura del joven faraón, niño de físico, hombre de espíritu—. ¿Acaso Tappur...? Oh, no, no puedo creerlo...

—Sí, mi señor. Es así. Como tú sospechas...

—¿De modo que Tappur... conspiró contra mí? ¿Quiso derribar a su rey?

—Eso es. Era él un miembro más del grupo regicida. Quiso acabar con tu mandato. La ley le condenó. No hay salvación para los traidores.

—Amón me asista... —Cerró un momento sus ojos el faraón—. Mi mejor soldado...

—El mejor hombre puede ser, también, el mayor loco...

—Y tú aún rindes pleitesía a tu señor, que te priva del hombre a quien amas...

—Tappur cometió el error, no tú. Eres justo. Y haces justicia. Eso es todo, mi rey. Yo acepto el destino. Lloro mi dolor, pero no puedo pedirte clemencia porque sé que no la hay.

—Clemencia... —La mano joven, nerviosa, de Anakhebamón tapó su rostro.

Hubo un largo silencio entre señor y sierva. Un silencio hecho de lejano crujido de pisadas allá en los amplios jardines. Un silencio hecho de ecos suaves de rumor de agua y de soplo de brisa húmeda

en los helechos del río. Un silencio de dolor, de dudas, de muerte acaso.

—Está bien —sonó la voz del faraón—. Habrá clemencia, pese a todo, Neftah. Tappur se salvará...

—Mi señor, no... no puedo creerlo. El... él no es digno... El cree combatir la tiranía, la herejía...

—Lo que él crea no cuenta. Tappur dio su sangre por Egipto varias veces. Si se equivoca en algo, es de humanos el error. No importa lo que diga. No importa nada. Es Tappur, y tú, Neftah, me pides por su vida. Le amas. Es suficiente. Le tendrás. Libre y a salvo. Pero la justicia marca un destino al hombre que atenta contra su rey. Muerte o destierro. Será desterrado. Si tanto le amas, acompáñale en su destierro.

—Pero mi señor, soy tu sierva, tu esclava... Sirvo a la reina, te sirvo a ti... —Lloró ella, patética, estremecido su joven cuerpo, envuelto en lino y en sedas, sobre el estrado de mármol.

—No importa. Eres libre. Vete con Tappur. Vete adonde decidan los jueces, una vez con el perdón en sus manos... Y te deseo felicidad... A ti. Y también a él, pese a todo...

CAPÍTULO II

—¿Por qué lo hiciste? Él no te lo agradeció, señor...

—No lo hice porque lo agradeciese. Lo hice porque lo creí justo. Y porque lo creí humano.

—Humanidad y justicia... Hermosos atributos para el soberano de Egipto —suspiró el anciano y severo Atha Gurna—. Pero ¿son siempre válidos, son siempre dignos de los demás?

—No me importan los demás. Me importa mi sentido de la equidad. Tappur me defendió en otras ocasiones, frente a nubios y sirios.

—Tappur te hubiera atravesado sin vacilar con su espada hace sólo tres noches...

—Lo sé. Eso no puede empañar su heroísmo anterior, Atha Gurna.

El viejo sacerdote, de noble mirada y ojos profundos, se tocó sus cabellos blancos y lacios. Contempló la hermosa Tebas, resplandeciente bajo la luna. Y el Nilo, eterno y rumoroso, por entre papiros y cañaverales. Un ibis sobrevoló majestuoso el paraje.

—Tappur se fue al destierro. Yo le vi —dijo, cansadamente, Atha Gurna—. Juraba venganza. En vano le calmaba y pedía comprensión la fiel Nefíah... Decía que te mataría, señor. Que tú eres la tiranía y la perdición de Egipto. Que sacerdotes y faraones deben caer, que el pueblo debe ser libre y elegir sus monarcas sin influencias divinas que falseamos los hombres mismos.

—Acaso tenga razón el valeroso guerrero —sonrió, con tristeza, Anakhebamón.

—¡Señor! ¿Tú hablas así? ¿Tú, el faraón, señor de todo el Egipto, hijo del grande y poderoso...?

—Sí, yo, Atha Gurna —puso sus manos jóvenes y nerviosas en los hombros, sobre la túnica blanca del sacerdote—. Creo en la libertad de los hombres. ¿Por qué no pueden elegir ellos y romper lo establecido? Acaso el error esté en nosotros...

—Señor, eso sería una herejía para los demás sacerdotes del Imperio —se asustó Atha Gurna, mirando en torno, preocupado—. Si alguien lo oyera, aparte de mí...

—Tú, mi viejo amigo, eres como el espíritu del viejo Egipto —

sonrió el joven faraón—. Y, como tal, aún crees en nuestra divinidad y nuestro derecho. Yo, cada vez creo menos en todo lo establecido... No creo en los sacerdotes prevaricadores y ruines, conspiradores y ambiciosos, amos auténticos de este país. No creo en mi realeza por designio de dioses, sino de hombres...

—Peligrosos conceptos para un joven rey que aún no está firme en su trono —avisó, en voz baja, Atha Gurna—. Ten cuidado, señor. Sekhí, tu primo, sería Sekhí VI, si le dieran oportunidad para ello. Y la acogería gustoso, estoy seguro.

—Sí, yo también lo estoy... —Los ojos oscuros, profundos y relampagueantes del joven y arrogante faraón se entornaron, pensativos. Sus labios carnosos dejaron escapar un leve suspiro. Inclínó, preocupado, pesaroso, la cabeza. Como si, de repente, su corona roja, del Bajo Egipto, y la blanca mitra, pesaran demasiado sobre su joven y adolescente persona—. Por Amón, mi querido y fiel Atha Gurna, ¿a dónde va a parar Egipto con la degeneración paulatina de la familia real, con sus odios, rencores y uniones incestuosas? Me horroriza pensarlo... Y me pregunto si la respuesta, la solución, no estará en Tappur y los demás rebeldes... Si ellos, después de todo, no tendrán el futuro de Egipto en sus manos..., siempre que les dejemos llevarlo a cabo.

—No hables de eso, señor. No aventures opiniones suicidas. Si alguien oyera eso, diría que eres un rey hereje e inepto. Sekhí ocuparía tu trono. Serías desterrado, encarcelado o, tal vez, asesinado. Como tú dices, soy un poco el espíritu del soberano Egipto del pasado. No quiero revoluciones. No ya por mí, que poco me queda de vida, sino por ti, mi señor. Por tu persona, tu reinado, que puede ser glorioso... Para evitar que seres como Ptahmenet, sacerdotes nefastos para el Imperio, vuelvan al poder supremo en palacio... Y eso sucedería, inevitablemente, si tuvieran algo contra ti. Los rebeldes no son sino locos, soñadores. Rebeldes sin sentido, en una palabra. Deja que vayan al destierro como mal menor. Pero guárdate de ellos. De Tappur, incluso. Sería capaz de vengarse en ti. De buscar lo que él cree la grandeza de Egipto, en la anarquía...

—Sí, Atha Gurna —musitó lentamente el faraón, con fatiga. Sonrió tristemente—. Por desgracia, hay razón en tu palabra serena. No se puede ir contra lo establecido. La rebeldía no es aún un arma, aunque quizá un día llegue a serlo... y de dos filos. Seguiremos el

curso de la historia dócilmente. Y que Amón nos ayude, si lo merecemos.

CAPÍTULO III

—Mi señora, el sumo sacerdote Atha Gurna comete un grave error al arrojar me así de palacio...

—Lo siento, Pay Gahn —replicó fríamente Nefer Neheb, volviéndose en su hamaca del jardín, indolente, mientras el esclavo nubio agitaba su ancho y largo abanico de plumas ante ella, alejando el calor y los insectos de su tersa, dorada piel virginal de adolescente hermosa. Risas de doncellas vírgenes llegaba de las riberas del Nilo, más allá de las frondas refrescantes y umbrías del jardín de palacio—. Si Atha Gurna piensa que no hace falta en palacio un trepanador real, sus razones tendrá. Atha Gurna estudió medicina. Es sacerdote y médico. Fue guerrero y palaciego. Es consejero y amigo. Él sabe lo que conviene al faraón.

—Soy su trepanador... El joven rey puede necesitar me —se quejó el alto, esquelético, frío y huido Pay Gahn, trepanador del rey—. Un golpe de sangre es, a veces, mortal...

—Si ese golpe de sangre se presenta, estoy segura de que Atha Gurna sabrá lo que debe hacer —rechazó, risueña, Nefer Neheb, tomando un rojo fruto jugoso de la fuente de lapislázuli situado ante ella—. Vete, Pay Gahn. Nunca me gustó tu aspecto. Ni tu amistad con el sacerdote Ptahmenet. Mejor estarás lejos de palacio...

Los ojos claros y estrechos, malignos y fríos de Pay Gahn brillaban extrañamente. Incluyó su rapada cabeza oval, y tocó con sus manos huesudas, habituadas a perforar huesos del cráneo con sus instrumentos, el lino blanco de su prenda, sujeta al talle por el cinturón con los emblemas de su cargo y oficio.

—Se hará como desees, mi señora —dijo, malévolo—. Y que Amón proteja a mis señores, que falta les hará, en ausencia de ayuda médica...

Se retiró, furioso. Su voz sonó ahogada entre los macizos floridos, junto a la valla tras la que asomaban las palmeras altas, de cimbreante tronco:

—¡Malditos seáis tú y tu esposo, tus futuros hijos y los hijos de tus

hijos..., si es que todo eso llega a existir, y antes no muere tu orgulloso y torpe señor!

—Peligrosas palabras en labios de un siervo, aunque sea trepanador real —avisó, maliciosa, una cercana voz.

Pálido, asustado, se volvió, a punto de gritar, el trepanador Pay Gahn. Se encontró con un rostro ancho y macizo, de ojos pequeños, brillantes, nariz ganchuda, piel grasienta y lustroso cráneo rapado. Una túnica de sacerdote envolvía la rolliza figura oculta en los arbustos del jardín real.

—Chist... —musitó el que hablara—. Mejor será callar y no aventurar imprudentes comentarios, estúpido —habló el personaje recién aparecido.

—Ptahmenet, mi sacerdote y señor, ministro predilecto del gran Amón... —susurró, servil, el trepanador—. De haber sido Atha Gurna o cualquier otro...

—Mañana, tu cabeza pendería de la lanza de un soldado, tras ser decapitado por injurias a tu faraón —rió entre dientes el sacerdote—. Y por cierto que podría intentar denunciarte, si con ello obtengo, como espero, cierta confianza real, necio cobarde.

—¡No, no lo hagas! —suplicó Pay Gahn, cayendo de rodillas y tomando frenético el borde del rico tejido bordado en oro de Ptahmenet—. No lo hagas, mi señor, y este humilde servidor hará en su vida todo cuanto tú le ordenes...

—¿Todo? —se mofó el sacerdote—. ¿Sea lo que sea?

—Sea lo que sea —afirmó el otro, sumiso.

—¿Incluso... matar, si fuera preciso, utilizando tu maldita trepanación?

—Incluso... incluso matar —acabó afirmando Pay Gahn, tras una duda, tragando saliva.

CAPÍTULO IV

—Matar... Es una dura palabra, Ptahmenet.

—Pero práctica, mi señor. Imagina la muerte de tu primo. Tú serías faraón, amo y señor de todo el Egipto...

—Tu lengua es lengua de víbora en esta ocasión, Ptahmenet. ¿Habla por ti la grandeza de Amón, o la sombría autoridad de la muerte de Isis y Osiris, y la sentencia definitiva de Anubis, el chacal del Reino de los Muertos?

—Habla la sabiduría, mi futuro señor Sekhí VI —rió entre dientes Ptahmenet, inclinándose. El otro le detuvo, brusco.

—No te inclines —dijo—. No soy faraón. Nunca lo seré. Soy diez años mayor que el joven y fuerte Anakhebamón, mi primo. Durará una larga vida que yo quizá no alcance. Mi destino no es ser rey de Egipto, bien lo sabes.

—No hay hermanos. Ni herederos. Ni hijos —sonrió, ladino, el sacerdote—. Por tanto, ¿quién, sino tú..., sería amo del Imperio y subiría al dorado trono de Amón si él muriese?

—Yo, sin duda. Pero no me llames Sekhí VI. No lo seré nunca. No morirá. Ni deseo que sea asesinado, por grande que sea mi ambición de poder, Ptahmenet. Aunque sospecho que es mucho mayor la tuya.

—Mi señor, busco la grandeza de Egipto. Él es débil de carácter, dado al perdón y la clemencia. Comprende y justifica el desorden, la rebeldía y las ideas de nuevos métodos, peligrosos para las dinastías de Amón. Tú y yo, unidos..., seríamos una gran fuerza. Y sólo haría falta un reptil venenoso, una pócima, acaso una... trepanación errónea...

—¡No! —cortó Sekhí, rotundo—. Vete, lengua de reptil. Vete con tu veneno a otro lado.

—Pero mi señor...

—Vete, o denunciaré a mi primo tus sórdidos planes —acusó, furioso, Sekhí.

En silencio, confuso y humillado, Ptahmenet se alejó por los umbríos salones de marmóreo suelo del rico palacio del aristócrata

Sekhí, primo del faraón.

Éste, una vez a solas, arrugó el ceño, reflexionando. De sus labios escapó un murmullo, un leve comentario:

—Una muerte..., un asesinato... y yo sería Sekhí VI, señor de todo el Egipto... Amón, mi dios..., ¿valdría la pena? Ese maldito sacerdote... No sé... No sé...

Y se debatió en terribles dudas de horror, de escrúpulos, de conciencia, de poder, de ambición...

La eterna duda del hombre...

CAPÍTULO V

«Yo, el faraón, sé que va a suceder.

»Lo he adivinado. He sorprendido detalles. Leves y significativos detalles.

»No sé por qué. Nadie me ha dicho ni me dirá la razón. Pero la presiento. La sospecho. Quizá exista un motivo. Hay cosas que están por encima mismo del hombre, del rey, de su momento, de su destino...

»De todos modos, no creo que sea justo. Pero sé que no tengo escapatoria. Mi pobre Manhak, que esto escribes a mi dictado... Poco imaginas lo que nos espera. Porque tú no podrás escapar al castigo que a mí me acecha. No te dejarán sobrevivir, si yo digo lo que sé, lo que presiento y sospecho. Y tengo que hacerla. Debo hacerlo.

»He sido siempre un hombre justo. Conmigo y con los demás. Creo que sería justo que mi muerte, si llega, y aunque traiga bienes sin cuento o males sin límites, sea un día castigada. Que exista una justicia, más allá de mi muerte y de mi tiempo. Haré poner una inscripción en mi tumba. Ya la tengo escrita: “Malditos serán todos aquellos que profanen mi eterno sueño, si no es para vengar mi muerte y hacer justicia en el asesino...”.

»Sí. Se grabará en mi tumba. No deseo ser molestado en mi sueño de eternidades. No es tampoco justo. Ahuyentará a gentes molestas de mi féretro y de mi momia de faraón. Pero si alguien, uno solo cuando menos, llegase allá para hacer justicia, para descubrir la verdad, para responderle a la Historia si mi muerte ha sido merecida o no, justa o injusta..., ese alguien gozará siempre de mi respeto y mi bendición, allá desde el reino que describe ese *Libro de los Muertos* que ahora estaba leyendo, a la espera de ser también

juzgado, pesada mi *ka*, y transportada en la barca de Isis hacia el supremo final, en el reino de Ra, el que siempre vive...

»Ésta es la historia de unos momentos que han marcado, estoy seguro, mi destino. Mi fiel escriba Manhak, se acerca la hora de morir, para ti y para mí. Tú sabrás morir con arrogancia y dignidad, como yo mismo. Morir es sólo volver a nacer a una vida más larga y mejor, bien lo sabes.

»Manhak, escribe el fin de mi historia. Escribe el nombre de mi asesino. Y sus motivos... La muerte está al llegar. No sé cómo hará su acto de presencia, pero está ahí, cerca. Le presiento. Una persona ha tomado su decisión. Y esa decisión es la muerte de Anakhebamón I.

»Sea bien venido ese final, si sirve para algo...

»Y tú escribe, mi fiel Manhak. Escribe el nombre... Es...».

TERCER LIBRO: ENIGMA

CAPÍTULO PRIMERO

Yusef Ben Omar levantó la cabeza. Respiró hondo. Se limpió los oscuros lentes con un pañuelo. Sus manos morenas temblaban ligeramente. Transpiraba su piel. Estaba excitado.

—¿Y bien? —musité, inclinándome hacia él.

—Es todo —dijo, ronca la voz.

—¿Eh? —Me quedé perplejo. Mis ojos pestañearon. También yo sudaba. Retiré mi mano, húmeda de transpiración—. Bromeas, ¿no?

—Me temo que no —negó, rotundo—. No bromeo.

—Pero... ¡pero no has terminado! —protesté.

—Ya lo sé.

—Has leído... Has leído esa última frase del jeroglífico... «Y tú escribe, mi fiel Manhak. Escribe el nombre... Es...». Ahí has terminado, Yusef.

—Sí, ahí he terminado —sonrió él.

—Pero..., ¿por qué?

—Porque ahí termina el texto jeroglífico —se amplió su sonrisa, al tiempo que suspiraba.

Me quedé de una pieza. Sacudí la cabeza, aturdido. Me incliné sobre las figurillas diminutas, complejas, agrupadas en cartuchos, en hileras que, para mí, eran puro misterio.

—No puede ser —murmuró—. No falta nada. Está entero...

—Está entera la fotocopia, Madison —me dijo, apaciblemente, mi amigo árabe—. Pero no la tablilla escrita por Manhak, el escriba del rey.

—¿Seguro? —dudé.

—Seguro. Cortaron la parte inferior de esta tablilla. Muy cuidadosamente. Dejaron el final en la sombra. Podemos deducir que Ptahmenet, el gran sacerdote conspirador, mató al faraón. O Tappur, el rebelde rencoroso. O Sekhí, su primo, ambicioso y cobarde... Incluso Pay Gahn, servil, ruin y lleno de odio... Nefer Neheb, la dulce esposa, parece fuera de sospechas. Como Neftah, la sierva, o Atha Gurna, el viejo y tradicional sacerdote... Pero lo cierto es que no sabemos nada. Es como una novela de misterio a la

que se le quitaron las últimas páginas, ¿entiendes?

—Claro. Ésa es una comparación muy atinada —convine, de mal humor. Pegué un manotazo al jeroglífico reproducido por fotocopia —. ¡Y para eso tanta pugna, tanto peligro!...

—Es parte de la historia, aunque no toda —sonrió mi amigo—. Puede tener su valor. Acaso en ella, sin darnos cuenta, esté la clave del misterio milenario, pero... todo lo que podamos deducir no será sino eso: pura especulación. Fantasía propia, sin fundamento.

—El final... —Me mordí el labio, nervioso—. Falta el final...

—Si se conservó la tablilla original, de donde alguien hizo esta fotocopia, caben dos explicaciones, si no tres —habló, paciente, Ben Ornan, metiendo tabaco hilado en su pipa y encendiéndolo con parsimonia—. Que fue mutilada por el escriba, por el propio faraón... o por el asesino de éste, hace tres mil cuatrocientos años. Ésa es la primera explicación. Existe una segunda: que la partió el mismo que hizo la fotocopia, tras ocultar el original, que por cierto me era totalmente desconocido, y es mucho más completo que el papiro depositado en la cámara funeraria de Anakhebamón, allá en Luxor...

—¿Y la tercera explicación?

—Es todavía peor para un investigador histórico, Madison: que el tiempo o un accidente quebraron parte de esta tablilla, partiéndose su párrafo final, el revelador. Sería muy casual, pero factible. Una tablilla puede quebrarse fácilmente en su parte inferior o superior por un golpe o una caída.

—Y el trozo que falta... estaría perdido para siempre.

—Para siempre, si —admitió Ben Ornan, con una honda inspiración. Luego, expulsó el humo. Y meneó negativamente la cabeza—. Pero si he de serte sincero, Madison..., no creo en esa posibilidad última.

—No, yo tampoco —convine, secamente. Y añadí—: Por tanto..., o un personaje de la antigua historia ocultó el fragmento en alguna parte..., o el actual poseedor de la tablilla tiene en un escondrijo el trozo que falta.

—Que entonces se ocultara, tendría razón de ser —suspiró Yusef Ben Omán—. Hubo un regicidio, Madison. Pero ahora...

—Ahora, alguien tiene mucho interés en ocultar el nombre del asesino del faraón.

—¿Por qué, amigo mío? —se sorprendió el joven funcionario egipcio.

Se lo dije, aunque tampoco esperaba que lo entendiese:

—Muy sencillo: porque en ese nombre puede estar la clave para algo más que un viejo crimen olvidado en el tiempo. Algo así como la clave hasta la cámara de un tesoro fabuloso...

* * *

—Mírelo. Está allí.

Miré. Era cierto. La serpiente azul e interminable del ancho Nilo navegable, se perdía tierra adentro. Solamente embarcaciones de poco calado podían navegar. Pero el yate del millonario Freeman era una embarcación de recreo, no demasiado grande ni pesada. Navegaba con cierta soltura, aunque con lentitud por lo movediza de las arenas en las orillas.

Nuestra avioneta sobrevolaba la llanura desértica y los verdes rectángulos ribereños con sus cosechas, río abajo. Calculé que estábamos cerca de Tell-el-Amarna, la antigua ciudad de Ekthatón, donde el llamado «faraón hereje». Akenatón, fundó la que sería fugaz capital del Imperio, hasta su asesinato, también a manos — como casi siempre—, de los ambiciosos y regicidas sacerdotes de Amón.

El yate estaba debajo de nosotros. Lo estábamos rebasando ya. No sé si Freeman y sus compañeros de viaje, incluida Evelyn, sabrían que en aquella ligera avioneta que surcaba el cielo egipcio, navegábamos nosotros, en la carrera hacia Luxor. De cualquier modo, no podían hacer nada por ganamos tal carrera, a menos que algo nos fallara en el aparato que partiera de El Cairo, bajo el control de Debra Welsh y su compañero, socio egiptológico y piloto con título, Russell Bond.

Resultó ser un muchacho canadiense, de familia inglesa, pelirrojo y lleno de pecas, con grandes ojos azules, aire despistado, pero despierta inteligencia, con perfecto conocimiento de la lengua árabe. Un detalle muy a tener en cuenta estando en el interior de Egipto, lejos de las grandes ciudades del norte del país.

—Repostaremos en el aeródromo militar de Asyût —explicó Bond, buen conocedor de la región—. Desde allí a la antigua Tebas será

un vuelo directo. Al otro lado del río está Luxor. No tomaremos tierra en el mismo Luxor, por si nos esperan de forma poco agradable. Por lo que me ha contado Debra, éste no es un viaje de placer, ni siquiera una expedición totalmente científica, ¿no?

—Me temo que no —convine—. Además de luchar contra ese tipo de abajo, con sus millones y su juego sucio, tenemos un asesino por medio, que no dudó en liquidar a un hombre que iba a entrevistarse conmigo. E incluso una terrible maldición faraónica, si hemos de hacer caso a su compañera.

—La maldición de Anakhebamón I —asintió el pelirrojo Russell Bond, mordiéndose el labio inferior—. Sí, es famosa en todo el país. Confío que no baste a parar los motores de esta avioneta.

—No bromeas con esas cosas, Russell —se irritó ella, sentada tras de nosotros, en la reducida pero confortable cabina de la moderna avioneta—. Si hacemos este viaje, es precisamente por esa maldición. No quiero seguir la suerte de tío Agnew... ni de otras personas que no parecieron gozar de excesiva fortuna últimamente...

La miré de reojo. Seguía sorprendiéndome. O era una solemne embustera que buscaba el oro y los objetos de valor artístico y material, como el primero, de los buitres de las excavaciones y tumbas de cualquier antigua civilización, o realmente Debra Welsh, pese a su condición de mujer científica, estaba devorada por una extraña superstición, que me hizo recordar las palabras de un hombre perdido en la noche de los Tiempos, cuando dictó su texto a un escriba pocas horas antes de ser asesinado...

Moví la cabeza, enfadado conmigo mismo. Si seguía pensando así, terminaría imaginando cosas absurdas. Egipto era un extraño país, y su historia estaba llena de cosas enigmáticas, lo mismo que las gentes de su esplendoroso pasado.

El yate quedó atrás. Una simple mancha blanca, remontando el azul, río abajo. Respiré hondo, tras mirar con los prismáticos al máximo aumento. Creí ver una escultural figura en bikini sobre la cubierta. Y unos cabellos rojos. Pero no podía estar seguro. Debra Welsh recuperó los binoculares. Me miró entre risueña e interesada.

—¿Pensando en el amor perdido? —bromeó.

—No se meta en eso —gruñí—. No tiene gracia.

—Muy bien. —Debra me miró, algo seria—. Disculpe, Madison.

El ronroneo de los motores fue el único sonido a bordo. Miré atrás. Ni siquiera se veía ya el pequeño yate, en su ribereña travesía. Delante, surgían ya oasis de un intenso verdor. Y templos egipcios, dispersos en la candente arena, como recuerdo de un pasado que sólo eran ya ruinas y recuerdo.

—En menos de una hora alcanzaremos Asyût —dijo el pelirrojo Russell Bond—. El aeródromo militar está algo abandonado. Lo averiaron los israelíes en un ataque, durante la guerra. Ahora sólo aterrizan allí aviones civiles privados, vuelos *charter* o avionetas, y cosas así...

Tuvo razón. Una hora más tarde llegábamos al destartelado campo aéreo de Asyût, en las orillas del Nilo.

Y con ello a un nuevo peligro de muerte para todos...

* * *

Russell Bond se ocupaba de repostar gasolina. Debra tenía sed y cansancio. La invité a una cerveza en el bar que aparecía en un destartelado edificio, limítrofe con la mal conservada pista de despegue, aún con huellas de la mordedura de proyectiles israelíes en su cemento. Ella aceptó.

Estábamos tomando las dos cervezas, sentados frente a un mostrador, cuando sonó un viejo y renqueante teléfono en un muro, al final del establecimiento lleno de moscas y calor. Un árabe malhumorado acudió al aparato. Lo atendió con gesto hosco. Luego se volvió, mirándonos inquisitivo, tras hablar con rapidez en árabe. Parecía algo más respetuoso.

—¿Acaso alguno de ustedes es el señor Medin-Ahsón? —preguntó, dándole a mi nombre un raro matiz moruno.

—Madison —rectifiqué, sorprendido—. Soy yo.

—Entonces, le llaman —dijo con su inglés horrible—. Es urgente.

—¿Urgente? ¿De quién? ¿De dónde?

—La policía —explicó—. El Cairo.

Entorné los ojos. Fui al teléfono. Pese a la distancia y a las pésimas líneas telefónicas que sin duda había en la zona, reconocí la voz lejana que me habló.

—Sí —le contesté—. Soy Madison. Usted parece Abdul Sheik.

—Soy el inspector Sheik, en efecto. ¿Cómo va el viaje?

—Ni bien ni mal. Sin problemas. ¿Cómo supo dónde hallarnos?

—Yo también sé conducir avionetas —rió, lejos—. Y he hecho ese viaje a veces, Madison.

—Debí imaginarlo —suspiré—. Bien, inspector. ¿Qué ocurre ahora?

—Malas noticias para usted, amigo mío.

—¿Malas? ¿En qué sentido?

—Hay una víctima más. Hemos hallado un cadáver... Una persona asesinada brutalmente.

—Cielos, no... ¿Se trata de... de Dahlia Lot, la desaparecida danzarina del Gran Pirámide, inspector? —Me estremecí.

Y me soltó la andanada, dejándome virtualmente destrozado, sin aliento:

—No, no. Mucho peor para usted, Madison. Se trata de alguien que era amigo suyo. Yusef Ben Omán, funcionario de Cultura Egipcia... Creo que le leyó un jeroglífico, o algo así...

No supe qué decir, cómo reaccionar, qué responder...

En ese momento, el árabe del bar del solitario y polvoriento aeropuerto de Asyût, antes de servicio militar para la RAU, emitió un alarido agudo, y echó a correr, tirando mesas y sillas en su fuga. Debra Welsh gritó algo, alarmada:

—¡Robin, cuidado...!

Me volví, aún bajo los efectos del reciente mazazo llegado por teléfono de El Cairo.

Y vi venir el coche, directo hacia la puerta y la ventana de vidrieras del aeródromo en desuso.

Era un *jeep* polvoriento, con capota de lona. Lo peor es que asomaba un fusil ametrallador por su ventanilla. Y que, bruscamente, empezó a tabletear de un modo infernal contra nosotros, largándonos una brutal rociada de balas...

CAPÍTULO II

Del hombrecillo árabe del café no llegué ni a preocuparme. Ya sabía escabullirse él mismo, sin tardanza. Debra seguía sentada ante la barra. Yo, de pie al final del mostrador ante el teléfono...

No sé cómo lo hice. Pero lo intenté y salió.

Me precipité en una zambullida impresionante sobre el mostrador, derribando con mis brazos, violentamente, el asiento de Debra Welsh. Ella chilló, al caer, dando volteretas con su asiento. Los dos rodamos por el suelo, mientras la puerta, sucia de polvillo arenoso y la gran vidriera llena de excrementos de moscas y de suciedad del desierto, estallaban en mil pedazos, desgajadas y trituradas por un alud de proyectiles cuyos destinatarios parecíamos ser nosotros dos. No vacilé en ir derribando mesas y sillas, para protegernos de la feroz rociada de la metralleta, en tanto el *jeep*, en medio de un nubarrón de polvo rojizo, maniobraba, tras pasar por delante del bar, para regresar y repetir su descarga de muerte.

Yo desenfundé mi pistola, mientras protegía a Debra en el suelo, situándola entre el otro extremo del mostrador y una columna moruna con baldosines.

—No se mueva de aquí por nada del mundo —mascullé entre dientes, antes de dejarla sola en aquel lugar, y correr yo, agazapado, en busca de un nuevo emplazamiento, tras un viejo biombo que, cuando menos, me cubrió de la visual de los conductores del *jeep* asesino, al volver éste hacia el bar, tras un chirriante viraje brusco. La metralleta tableteó, escupiendo fogonazos, haciendo saltar más fragmentos de vidrios, estuco, astillas, e incluso arrancando, entre maullidos metálicos, los distintivos de una famosa bebida refrescante de Estados Unidos. Esos distintivos rodaron por el exterior, abollados y descascarillados a balazos.

Los proyectiles zumbaban por doquier, buscando en tierra a ambos. No sabían que yo estaba ahora tras el biombo. Y cuando disparé tuve que afinar la puntería, o correría el peligro de ser cosido a balazos en la próxima rociada.

Hice dos, tres disparos con mi automática. Alcancé los depósitos de gasolina del vehículo todo terreno. Cuando vi brotar la humareda y luego las llamaradas, que en breve se convertirían, en una bola ígnea y devastadora, cuando llegaran a la reserva de combustible del vehículo, me tiré rápidamente a tierra, avisando a Debra con voz ahogada:

—¡Pronto, cúbrase la cabeza, no se mueva para nada!

Ella obedeció. Afuera, borrosamente, entre el humo y el polvo, creí ver dos figuras. De ellas, una escapaba si yo no estaba equivocado. Luego, tuve que bajar la cabeza y cerrar los ojos. El *jeep* abandonado reventó brutalmente en medio de una llamarada roja, deslumbrante. Los pocos vidrios sanos se fueron abajo, la pared se agrietó, el muro soltó cascotes, se formaron boquetes donde se hallaba el *jeep*, y un cuerpo humano, desgajado y sangrante, fue proyectado contra los vidrios y lanzado dentro del bar, como un desgarrado pelele rojo.

Las pavesas, chispas y fragmentos de hierros retorcidos, saltaron por doquier, invadiendo el local y el exterior. Corrí a Debra, a quien la columna, acribillada a balazos y ahora con los baldosines arruinados por la lluvia de fuego, protegiera de todo riesgo mortífero.

—Nos salvamos de milagro, amiga mía —mascullé, mirando al exterior, a la humeante, crepitante chatarra oscura y retorcida del *jeep* agresor. Caminé hasta el caído. Era un árabe vestido de color gris. Estaba tan reventado que era irreconocible.

Faltaba el segundo viajero del *jeep*. Pistola en mano no dudé en correr, saliendo al exterior. Busqué con la mirada al fugitivo, que estaba seguro no fue alcanzado por la terrible explosión de la gasolina. Y acerté.

Un coche, allá lejos, escapaba vertiginosamente. Le vi maniobrar. Hice dos disparos, pero no alcancé sus neumáticos, porque se movía en violento zigzag buscando la ruta del desierto para huir. Miré atrás. Buscar la avioneta, perseguirle y localizarle, era acaso tarea difícil por no decir imposible. Había una ciudad medianamente importante a menos de una milla. Y villorrios y oasis por medio. Le sería fácil ocultarse antes de que la avioneta le diese alcance, de eso estaba seguro.

Lo que sí hice fue ver, de modo fugaz, el busto erguido ante el

volante, la cabeza, hombros y manos del que manipulaba ahora aquel otro vehículo todo terreno, de matrícula árabe, perdiéndose entre palmeras y muros de adobe.

Me quedé quieto, petrificado. Volví lentamente al bar, incorporé a Debra, la ayudé a salir, sombrío.

—Sería inútil seguirle —dije, ante la mirada de ella—. No podríamos dar con el que huye. Hay demasiados vericuetos y refugios, y las palmeras dificultan volar bajo sin riesgo... De todos modos, Debra, he podido ver el rostro y los brazos de ese hombre, el que huye en el otro *jeep*...

—¿Y bien...?

—Es una tontería, pero el que conduce ese vehículo... tiene el rostro y la corona de un faraón. Una faz y un tocado de oro... y manos y brazos también de oro...

—¡Dios mío! ¡Es Anakhebamón I! —gimió ella, angustiada—. El mismo espectro que yo vi en Ottawa matando a tío Agnew...

—Quizá aquél fuese realmente el espectro del joven faraón, cosa que dudo mucho. Pero aún dudo más que un faraón, por mucho que llegue a resucitar, utilice un fusil ametrallador y maneje un *jeep*, como el más moderno de los pistoleros... Yo lo que creo, Debra, supersticiones aparte, es que alguien tiene mucho interés en que no lleguemos vivos a Luxor...

—Sí, pero ¿quién? —Se inquietó ella.

—La misma persona, tal vez, que mató a Ahmed Bahar, que hizo desaparecer a Dahlia Lot, y que ahora, hace muy poco, asesinó en El Cairo a un buen amigo mío, a quien le debía el conocimiento de las memorias postreras de Anakhebamón I.

* * *

—También a él le mataron con una daga de bronce, como a su tío Agnew en Ottawa —comenté, ceñudo, sobrevolando ya la avioneta las hermosas ruinas del templo de Hathor y el magnífico pero demolido templo de Ramsés II, allá en Abidos y sus cercanías, al oeste del Nilo. Eso significaba que unas pocas millas más de vuelo nos depositarían en Luxor.

—¿A Yusef Ben Omán?

—Sí, a él. Me lo ha referido el inspector Sheik en la llamada que me

hizo. Ha avisado de que nos cuidemos mucho. Cada vez peligramos más, Debra. Y ahora no tenemos prácticamente ayuda de nadie.

—¿Por qué cree que le asesinaron?

—¿A mi amigo? —Sacudí la cabeza, dominando mi fría ira—. No puedo entenderlo... Ahora supieron de nuestra amistad. Quien nos ataca resulta muy inteligente, Debra. No es difícil averiguar que Ben Omán estuvo en Londres un tiempo, que fuimos amigos... Saben qué él puede leer un jeroglífico perfectamente Como así lo hizo conmigo. Y acaso eso le costó la vida, como a Ahmed Bahar el obtener una fotocopia de tal jeroglífico...

—¿Por qué no me contó eso antes, Madison? —Se sintió dolida Debra Welsh—. ¿Sigue sin fiarse de nadie?

—Eso es. Y cada vez menos. Nos vigilan, nos persiguen. Usted me hizo investigar un caso increíble. Pero detrás de ese caso hay una fortuna inmensa, digna de *Las Mil y Una Noches*: el verdadero tesoro de Anakhebamón, escondido por su fiel amigo Atha Gurna, el viejo sacerdote honrado en otra cripta distinta. Acaso también su momia...

—¿Su momia? —se extrañó Debra—. ¡Vamos a verla en la cámara real de Luxor, Madison!

—Tal vez veamos una falsa momia. Y la auténtica para evitar rapiñas de expoliadores y de sacerdotes desaprensivos, a los que Atha Gurna conocía muy bien, pudo ser enviada secretamente a la cripta oculta con sus tesoros magníficos...

—Cielos, Madison, eso es toda una fantástica posibilidad... —Le brillaron excitados a Debra sus bellos ojos de mujer hermosa, y de ambiciosa egiptóloga—. Si fuese cierto... ¡Descubrir al verdadero Anakhebamón I, enterrado con sus bienes personales! Uno de los grandes hallazgos del siglo...

—Y la negación a una presunta maldición muy bien aprovechada por alguien —señalé, ceñudo—. Alguien anda por ahí con una máscara faraónica, dando pábulo a leyendas grotescas. Si realmente el joven faraón asesinado tiene la fuerza capaz para maldecir a quien profane su eterno descanso con fines comerciales o profesionales, de lucro o de fanático coleccionismo, no sería así como manifestaría su poder.

—Ni yo habría profanado su tumba y por tanto...

—Y, por tanto, su tío Agnew fue muerto por alguna oscura razón

que no se nos alcanza, pero sin relación alguna con una venganza de ultratumba, Debra.

—¿Cree... cree que existe el medio de... de hallar esa tumba secreta, Madison?

—¿Qué le preocupa ahora? ¿Descubrir a un asesino de más de tres mil años de antigüedad, o... los tesoros del faraón? —insinué, irónico.

Debra me contempló con ira.

—A veces es usted desagradablemente cruel —me dijo, agresiva.

—Sí, lo sé —admití con un suspiro—. Y no puedo remediarlo.

* * *

—Tiene que ser él. De otro modo, ¿cómo estar seguros, de que, realmente, fue asesinado? Esa momia tiene una trepanación mortal en la cabeza. Le trepanaron para matarlo, no para curarle... Está probado, vea la radiografía. No hay error. Está ante la momia del faraón Anakhebamón I, de diecinueve años de edad, asesinado por sus enemigos.

No dije nada. Las palabras del funcionario egipcio, encargado de la dirección de la cámara funeraria, dispuesta en un recinto o museo dedicado por entero al joven rey y sus objetos, parecían dejar fuera de dudas una serie de hechos, como la identidad real y su modo de morir.

Observé el rico sarcófago, las diversas mascarillas, una de ellas de oro macizo. Me recordó al conductor del *jeep*, pero eso no tenía sentido. En cambio era fácil obtener de una fotografía de la mascarilla funeraria del rey, una copia que impresionara a guisa de máscara o caperuza.

Estaban tratando la momia cuidadosamente por modernos procedimientos químicos para salvarla lo más completa posible de los efectos del cambio de clima y de la acción de los afeites y bálsamos. Dentro de poco sería enviada al museo de El Cairo. Por ahora continuaba allí, en Luxor, rodeada de las máximas precauciones.

—Bueno, es posible que ésta sí sea la momia —miré en torno, a las vitrinas precintadas, provistas todas ellas de señales de alarma automática—. Pero su tesoro parece pobre...

—Pudieron desvalijarlo los ladrones de tumbas —suspiró el funcionario—. Ha habido tantos y tantos casos así...

—Sí, claro —convine, estudiando en la mascarilla las facciones nobles y arrogantes de aquel joven monarca, víctima de las perfidias de su tiempo. Me pagaban por saber quién le mató. Y aún no tenía yo respuesta alguna...

Salimos del recinto. Había jeroglíficos, papiros, inscripciones, muchos de ellos ya traducidos. No vi nada parecido a la tablilla policromada de Ahmed Bahar. Ni lo esperaba.

—Bien. —Debra me miró—. ¿Y ahora?

—Parece que no hay nada más por ver, al menos de momento —suspiré.

—El yate de Freeman llegará pronto a Luxor. ¿Qué podemos hacer para ganarles terreno?

—Me temo que poca cosa —suspiré—. No hay pistas ni indicios. No podemos ponernos a cavar en el Valle de los Reyes, por ejemplo, y tardar diez o veinte años en hallar algo, si es que hay suerte.

—No, claro que no. Pero, cuando menos, existirá un medio de indagar, de buscar...

—Siempre lo hay —asentí—. Venga conmigo, Debra, si no quiere quedarse a admirar tesoros egipcios...

—¿Adónde piensa ir?

—A la cercana población, naturalmente. Los faraones no me hacen olvidar que existe algo llamado comida, algo llamado *whisky* o ginebra y todo eso.

—Oh, Madison, no se toma en serio nada de esto...

—Por el contrario, amiga mía. Me lo tomo muy en serio. Mucho. Pronto va a comprobarlo por sí misma. Pero nadie puede hacer nada sintiendo hambre y sed...

Nos encaminamos a Luxor. A su cercana población, de igual nombre a la vieja y legendaria ciudad faraónica...

Como dijera yo, antes era preciso reponer fuerzas. Algo me decía que íbamos a necesitar de todas ellas, no tardando mucho...

CAPÍTULO III

Me encontré mucho mejor una vez hubimos hallado un buen restaurante donde probar algunos típicos manjares del país, y tomar el buen vino de aquellas vides que precisamente fueron los primeros en cultivar los milenarios habitantes de las tierras de Egipto.

Después, recorrimos los mercados en busca de algunas baratijas. Abundaban las copias y reproducciones de objetos históricos de las tumbas y de las residencias faraónicas, símbolos de realeza egipcia, papiros con escritura jeroglífica, que pretendían tener siglos y siglos de antigüedad y cosas así. Pero la picaresca andaba suelta, como ocurre siempre en tales casos, y uno no podía fiarse de la vocinglera gente que exponía sus mercancías en los zocos de Luxor.

Al final de nuestro recorrido por los recintos destinados a guardar objetos históricos de la que fuera orgullosa ciudad del Imperio egipcio, vecina al fabuloso *Valle de los Reyes* o *Valle de los Muertos*, estábamos con las manos tan vacías como al principio.

Debra y yo nos miramos en silencio. Sacudí la cabeza.

—Sospecho que no será fácil encontrar pista alguna —señalé—. El *Valle de los Reyes* está recorrido de un lado a otro, de arriba abajo. Miles de excavaciones dejan escasas posibilidades a una nueva tumba. Aparte de que, históricamente, nada hace suponer que usted esté en lo cierto, y la tal tumba, segunda de Anakhebamón I, exista realmente, con su cámara del tesoro y el documento de la verdad.

—Tiene que existir. Lo sé. En alguna parte...

Sacudí la cabeza. Habíamos adquirido un buen mapa de la región, dibujado a la vieja usanza, con los territorios egipcios, el Nilo, las viejas ciudades y ruinas... Desde las pirámides y la esfinge, allá en Gizeh, al norte, hasta Abu Simbel, la segunda catarata y, naturalmente, la gran presa, obra de la actual ingeniería, que engulló piezas arqueológicas sin fin, bajo su alud, de toneladas de agua, descontando a aquellas que fueron salvadas o trasladadas con el esfuerzo de la UNESCO.

Algo más al norte de Abu Simbel, otra presa iba a ser pronto inaugurada, y sus aguas sepultarían igualmente algunas viejas

maravillas del milenario arte egipcio. Entre ellas, un pequeño templo de Amenhotep III, inferior en fama y grandiosidad al de Luxor, un templo dedicado a Isis, de escasa importancia arquitectónica y no muy amplia grandiosidad, y un oscuro edificio, denominado allí Templo del Sol, perdido entre dos colinas arenosas. Eso era todo lo que vimos en el mapa. Nada que indicase rastro alguno hacia el mítico refugio funerario donde alguien, sin duda el fiel Atha Gurna, amigo y consejero del difunto monarca, hizo ocultar lo mejor de su tesoro para el pillaje de los propios sacerdotes de su tiempo.

Y, naturalmente, con ello se veían muy disminuidas las remotas posibilidades de dar con la verdad sobre la muerte del faraón. Tanto como hallar los valiosos tesoros históricos y de metales preciosos del joven y desdichado rey.

—A pesar de todo, creo que ha de haber algo —insistió ella, obstinada.

No le dije nada, pero yo no veía por parte alguna una justificación a esa insistencia. Para mí, de momento, nada confirmaba sus suposiciones. Ni las del expoliador de tesoros nacionales, Duncan Freeman.

—Será mejor que nos separemos —dijo Debra al fin, con cierta fatiga, y una sombra de desilusión en sus bellos ojos azules—. Busque usted por otro lado, Madison. Nos reuniremos en el hotel al caer la noche. Para entonces es seguro que Freeman esté ya en Luxor, a menos que le haya ocurrido algo por el camino...

Asentí sin añadir palabra. Si Freeman tenía más suerte que nosotros, había dos posibilidades: o sabía más detalles, más cosas sobre el faraón muerto... o tenía olfato de animal de presa.

Debra Welsh me dejó en un café de Luxor, tomando té árabe con hierbas aromáticas, y la vi perderse, segura de sí, por el dédalo de viejas callejuelas del barrio pintoresco de la ciudad en que nos hallábamos, buscando quizá una utopía, una simple quimera, como cualquier ingenuo buscador de tesoros.

Enrollé el plano. Me puse a leer un viejo volumen sobre las dinastías XVIII a la XX, o Imperio Nuevo. Pedí otro té, encendí un cigarrillo, y me sumí en la lectura.

Unos músicos árabes empezaron a tañer sus instrumentos en un estrado. Era una musiquilla leve y dulzona. Me acompañaba

agradablemente en la lectura y en el sopor de la tarde, llena de sol, de calor, de polvo y de moscas. Sobre mi cabeza zumbaba muy suavemente un ventilador, tan perezoso como yo mismo.

Se acercó el camarero. Se inclinó sobre mí. Vi su rostro rugoso y oscuro, su negra mirada astuta, su chaquetilla blanca con algunas manchas. Me susurró en mal inglés:

—Le esperan, señor.

—¿A mí? —Enarqué las cejas, perplejo, mirándole con desconfianza.

—A usted, señor. Allí detrás —señaló a un punto de la sala. Seguí el movimiento de su mano. Un dedo deforme, con la uña gruesa y sucia, indicaba una cortinilla de gasas de color suave, translúcida. Un reservado, sin duda, al fondo de la sala.

No me fié en exceso de él ni de su indicación. Alguien me había dicho que, tierra adentro, lo mejor que podía uno hacer era no confiar en los nativos. Había demasiado pillo dispuesto siempre a rebanarle a uno el pescuezo por unos dólares, unas libras, o simplemente un reloj y un anillo.

—Se debieron equivocar —dije, negando con la cabeza—. No conozco a nadie en Luxor. Acabo de llegar, amigo. Busque a otro.

—No, no. Usted es el señor Madison —dijo él, con firmeza, mirándome—. ¿No es cierto?

Eso me gustó menos aún. Sabía mi nombre. Un vulgar camarero de un cafetín moruno de Luxor, no lejos del zoco. Eso no tenía mucho sentido. Miré con renovado interés la cortina de gasa.

—Está bien —suspiré—. Voy allá.

Palpé el confortante bulto de mi funda sobaquera. Hundí mi diestra bajo la liviana chaqueta tropical, y crucé la sala, decidido. Los músicos, ni me miraron. No dejaban de tañer melosamente sus instrumentos en somnolienta melodía.

Alcé la cortina, sin soltar la culata del arma. Sería fácil desenfundarla en un instante y apretar el gatillo contra quien fuese. Pero no contra una mujer. No una mujer como aquélla, morena y sensual, de rotundas curvas, de senos macizos, de estómago desnudo, curvo, de caderas sinuosas y vibrantes, erguida allí, tras una mesa con dos tazas de té. Me sonrió, con un centelleo de ojos oscuros.

—Buenas tardes, señor Madison —me saludó, con un excelente

inglés, suave y melodioso en voz baja. Sus labios carnosos sonrieron golosamente. Toda ella era como una explosión de sensualidad latente—. Siéntese, por favor. Hablemos usted y yo.

—Será un placer... si sé con quién he de hablar —repliqué, hosco.

—Soy Dahlia —dijo ella, apacible—. Dahlia Lot, la mujer desaparecida. Creo que su misión era buscarme...

* * *

Dahlia Lot.

Por ella había hecho una oferta coactiva un hombre llamado Ahmed Bahar. Por ella, acaso ese mismo hombre había hallado la muerte violenta, bajo un «Mercedes» robado, conducido por manos asesinas.

Y ahora la tenía allí, ante mí. Espontáneamente. Y además llena de vida.

Recordé su fotografía. Era algo diferente. Mucho más bella y atractiva. Mucho más sensual y voluptuosa. Mucho menos moruna tal vez. Ella me explicó en parte el misterio, al sentarnos, todavía bajo el efecto de mi repentina sorpresa:

—Señor Madison, soy más occidental que árabe. Mi padre era europeo. Pero para trabajar en un club nocturno, como símbolo de Egipto, hay que, alterar las apariencias...

—Entiendo. Usted es una mujer hermosa. Y lista también.

—Gracias. Eso lo dice usted —me sonrió, con un centelleo en sus ojos profundos—. Le he seguido por Luxor hoy. Iba con una bonita chica rubia. Muy bonita, señor Madison.

—Lo sé. Es mi compañera de viaje, Debra Welsh. Arqueóloga canadiense. ¿Por qué me seguía? Ni siquiera nos conocemos...

—Sí nos conocemos. Al menos, yo le conocía a usted. Estaba cerca de Ahmed cuando murió ante el hotel, casi ante sus ojos. Estaba cerca de usted cuando vivía en el *Nilo Hilton* e investigaba cosas...

—La hubiera descubierto. Una mujer como usted no pasa desapercibida...

—Con gafas oscuras y un manto blanco, de mujer árabe, difícilmente me descubriría. Cubría mi cabeza, ocultaba el rostro. Pero vigilaba, señor Madison.

—¿Por qué vigilaba? Ahmed quería encontrarla. Me pagó por eso...

—Tonterías. Ahmed sabía perfectamente dónde estaba. Para él nunca desaparecí.

—¿Entonces...?

—Jugaba a desorientar. A usted y a otros. Eran muy distintos sus planes. No buscaba a una mujer..., sino un tesoro de valor incalculable, ¿no comprende?

—Temo que sólo en parte. Tesoros... ¿Todo el mundo busca lo mismo?

—Todo el mundo es igual en el fondo —rió ella—. Nos atrae el oro, las piedras preciosas, la fortuna fácil...

—¿Qué podía hacer yo para ayudarles en tal cosa?

—Usted era un hombre popular en muchos sitios. Pero además de investigador, habíamos averiguado lo más importante: Evelyn Graham.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —Me irrité, endureciendo mi tono—. Su amigo Ahmed formuló veladas amenazas...

—Era un modo de inquietarle, de llevarle a nuestro terreno —suspiró la hermosa, exuberante Dahlia. Puso sus manos bronceadas y suaves sobre las de él, inesperadamente—. Señor Madison, usted no sólo era un detective privado, famoso por su capacidad y su reciente fortuna, sino... el prometido de Evelyn Graham. Lamentablemente, ese punto resultó muy malparado por su propia culpa.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Por qué la mezclan siempre a ella en el asunto?

—Oh, señor Madison, es duro de entender. ¿No se da cuenta? Evelyn Graham es huésped de Duncan Freeman, uno de los mejores y más astutos ladrones de obras de arte o de valor histórico de todos los lugares del mundo. Inmensamente rico, e inmensamente astuto. Él posee el dato vital, el más importante: el paradero de la segunda tumba de Anakhebamón I...

—De modo que es eso... —resoplé—. Ese pirata lo sabe...

—Exacto. Él lo sabe. Nunca viaja al azar, confiando en su suerte o en chismorreos. Tiene los datos precisos, el documento que falta...

—¿Qué documento?

—Vamos, no se haga el tonto —suspiró ella, con una sonrisa ladina en su bonito rostro moreno—. Sabe a lo que me refiero: el final de la tablilla policromada de Manhak, el escriba real. Su último

párrafo revelador. Allí dice quién mató al joven faraón, pero eso me temo que no importe demasiado a nadie. También dice allí dónde reposarán sus restos, eternamente, junto con la verdad sobre su final. Son datos simples, creo. Datos fáciles de interpretar, con el fragmento de tablilla jeroglífica en nuestro poder...

—Por eso Ahmed llevaba la fotocopia de la tablilla, ¿no?

—Exacto. Iba a pedirle que viese a Evelyn Graham, que ella intentase, cuando menos, ver esepreciado trozo de tablilla, fotografiarla con una diminuta cámara disimulada que él le facilitaría... Si Duncan Freeman se fía de alguien, ese alguien será su joven y bella huésped, que no está mezclada en asuntos turbios. Su prometida hubiese sido la clave. Y usted renunció a ella torpemente por culpa de la oferta ridícula de la arqueóloga canadiense...

—Parece saberlo todo, Dahlia...

—Lo sé casi todo. Es mi trabajo. También busco la fortuna. Pago confidencias, vigilo. Muerto Ahmed, estoy sola en esta empresa. Es demasiado grande para mí. Por eso quería verle, hablar con usted. Unidos, podemos llegar lejos. Evelyn Graham es aún su prometida. Y viaja en el *Teseo*. Ese yate arribará esta noche a Luxor.

Aún es tiempo de que rectifique usted y maneje sus peones, ¿no comprende?

—Es un juego sucio. Evelyn no colaboraría. Yo tampoco. No quiero tesoros. Quiero la respuesta a una pregunta, eso es todo.

—¿Qué cree que quiere Debra Welsh en realidad? ¿Saber quién mató al faraón? —Ella rió entre dientes, despectiva—. Amigo mío, es usted muy ingenuo... o una mujer atractiva es capaz de engañarle fácilmente. Todo eso es mentira. Una fantasía. Lo que busca es lo mismo que todos: ese tesoro...

—Todos no pueden ser ladrones de tesoros, piratas de obras de arte y de patrimonios nacionales...

—Yo no lo soy. Me conformo con lo que el Gobierno egipcio paga por cada tesoro hallado. Un porcentaje de su valor real. Si el tesoro es sólo la décima parte de lo que dicen, la recompensa oficial por su hallazgo sería de... dos o tres millones de dólares. Una fortuna para cualquiera, sin necesidad de robar a nadie. Eso queda para Freeman. Él tiene demasiado dinero para buscar recompensas. Lo que quiere son los objetos reales, las joyas, las piezas únicas de una

tumba faraónica...

—Entiendo la situación. Todo el mundo, según usted, busca su lucro. O su placer personal de coleccionista. Pero todos burlando a la ley. Y poniendo la vida en peligro. Alguien hizo asesinar a su buen amigo Ahmed después de todo.

—Sí. Hay enemigos. Cualquiera de los que participan en esta carrera pudo hacerlo sin demasiados escrúpulos. Se mata por mucho menos de dos o tres millones de dólares, amigo mío...

—Sí, lo sé. ¿Y... Yusef Ben Omán? —repliqué, incisivo.

—¿Han matado también a ese hombre? —dudó ella, sorprendida.

—Me informaron telefónicamente de ello desde El Cairo. Asesinado con una daga de bronce de tiempos de la Decimoctava Dinastía...

—Cielos —se estremeció ella—. Sabía que Ben Omán debió leerle la tablilla. Nos enteramos de su amistad con ese hombre del Instituto de Estudios Egipcios, pero de eso a sospechar su muerte... El que anda tras el tesoro del faraón no es demasiado escrupuloso...

—No, no lo es. Busca ese tesoro hace tiempo y sin detenerse ante nada. Sospecho que se cubre el rostro con una copia de la mascarilla del faraón.

—¿Está seguro de eso? —Me miró Dahlia, temblándole el labio inferior.

No supe si era una gran actriz o estaba realmente asustada ahora. Afirmé, seco:

—Nadie me contó eso. En el camino hasta aquí intentaron asesinarnos desde un *jeep*. Vi al agresor cuando lo puse en fuga, tras salvar mi vida y la de Debra Welsh de puro milagro. Llevaba esa mascarilla dorada cubriéndole el rostro. Y guantes dorados también. Se fingía el espíritu del faraón, o cosa así.

—Sí, entiendo... —afirmó Dahlia, gravemente—. Entiendo muy bien, señor Madison..., y estoy asustada.

—¿Asustada? —La miré, pensativo—. No creará en historias de aparecidos y de maldiciones milenarias usted también...

—No sé qué pensar. Sólo me queda eso... o admitir que quien pretende llegar antes que nosotros al tesoro, a la cámara funeraria real, que sólo Freeman sabe dónde está..., no se detiene ante nada.

Afirmé despacio. Luego, me puse en pie, lentamente. Dahlia me contemplaba en silencio.

—Sea como sea, mi tarea sigue sin ser la de hallar tesoros —dije—.

No me gustaría turbar el reposo de un joven faraón muerto, sólo por dinero. Realmente, como investigador, estoy interesado en saber quién le mató hace tres mil cuatrocientos años. Y también quién ha matado a mi amigo Ben Omán... y al amigo suyo, Ahmed Bahar.

En ese momento, el camarero preguntó algo, desde el exterior, en árabe. Dahlia pestañeó, respondiendo en igual lengua. La miré; receloso. Se apresuró a explicarme:

—El camarero pide verle. Dice que es urgente. Tiene un recado para usted.

—Bien, que pase —acepté, arrugando el ceño.

Ella volvió a hablar en su idioma. El camarero entró, respetuoso. Me entregó un sobre cerrado, sin nada escrito en él.

—Lo trajo un niño —me explicó—. Le encargaron que se lo diera al caballero inglés, si aún estaba aquí. Si no, debía llevarlo al hotel *Luxor Palace*.

No me gustó aquello. Sin disculparme, rasgué el sobre, que era de papel burdo, vulgar, sin nada especial en su apariencia. Apareció un trozo de papel, escrito con pincel, en letras mayúsculas, negras, deformes:

«Debra está en mi poder. Abandone el asunto o morirá».

Por toda firma, una especie de signo real egipcio, con la cruz ansata.

CAPÍTULO IV

Russell Bond, el joven y pelirrojo socio de Debra, paseaba por la habitación como un tigre enjaulado. Aparecía furioso, lleno de mal humor. Y era comprensible.

—La policía de estos sitios no sirve para nada —se quejó—. Me han escuchado bostezando, han escrito la denuncia en casi una hora, y me han prometido que buscarán a fondo a Debra Welsh. No creo que lo intenten siquiera.

—Y aunque realmente la busquen, no será fácil dar con ella —mordí mi labio, pensativo—. Si la piensan usar de rehén contra nosotros, la tendrán bien escondida.

—Incluso pueden haberla... asesinado —dijo la última palabra con aprensión.

—No lo creo —suspiré—. Pero tampoco resulta imposible tal cosa. Nos enfrentamos a gente sin escrúpulos, Bond. Usted es arqueólogo y busca el valor histórico de las cosas, pero otras personas buscan el valor material. O el tesoro, o el premio del Gobierno a, quien lo halle y entregue. Nada de romanticismos ni ciencia, ¿entiende?

—Entiendo, sí. Y no me gusta lo que usted sugiere... Ella sólo busca la verdad histórica de aquel crimen...

—¿Eso es cierto, Bond? ¿No hay egoísmo alguno que guíe a su amiga y asociada? —insistí, muy serio.

—Tiene mi palabra —aseguró, enfático, él—. Debra es la única persona honesta en ese terreno que yo conozco. He llegado a ver a algunos colegas afanándose por ocultar piezas valiosas de una tumba, o intentando comerciar con su trabajo... Debra jamás lo haría. Sólo es fiel a su propio criterio. Nunca se enriquecerá con las viejas tumbas. Ni lo pretende.

—Quiero creerle, Bond —murmuró—. Y eso me tranquiliza. Haré por Debra lo que sea, si ella es tan honesta. Y le aseguro que si alguien le hace daño, no vacilaré en aplastar al gusano que lo intente.

—Le creo. —Russell Bond, el joven arqueólogo, miró con fijeza mis manos apretadas, mis puños crispados—. Pero, realmente, ¿se

puede hacer algo ahora, Madison?

—No lo sé. Tengo la sensación de que ando debatiéndome en una red de telarañas espesas, y me gustaría salir de todo esto, pudiendo comprender algo de lo que sucede. Sólo espero una cosa.

—¿Y es...?

—Esta noche, el *Teseo* entrará en el embarcadero de Luxor. Ya una vez pegué duro a su propietario, Duncan Freeman, el viejo pirata aristocrático. Esta vez va a tener que ser muy sincero conmigo... o mis golpes todavía harán más daño...

* * *

Fríamente, Duncan Freeman se quedó mirándome con fijeza. Negó luego, muy despacio, con su cabeza canosa, bien erguida.

—Temo que se equivoca. No está a bordo la señorita Graham. Y menos aún, la que usted busca, la señorita Welsh. No sé nada de ellas, señor Madison.

Apreté los labios con ira. A mi lado, los dos funcionarios de la perezosa y apacible policía de Luxor no eran muy de fiar, pero me daban cierta seguridad para pisar la cubierta del lujoso yate, sin que su dueño enviase a su tripulación contra mí.

—Está mintiendo —dije, sibilante—. Evelyn Graham vino a Luxor con usted.

—En su modo de hablar, hay un evidente error. La señorita Graham estaba a bordo en El Cairo, e inició este viaje conmigo, si a eso se refiere. No tengo por qué ocultarlo. Como tampoco le oculto que, una vez en Tell-el-Amarna, nos abandonó, volviendo a tierra, precisamente para regresar a El Cairo, en busca suya.

—Yo viajaba ya hacia Luxor —repliqué—. Y usted lo sabía o lo sospechaba, Freeman.

—No lo sabía, y si lo sospechaba, no hubiera convencido a su joven prometida, Madison —habló suavemente él millonario, sonriendo con frialdad—. Ella tenía su propio modo de pensar..., y obró como siempre lo hacen los Graham. Con total independencia de criterio.

—¿Cómo regresó a El Cairo?

—Ése ya no es asunto mío. Tomaría una avioneta o un helicóptero o una embarcación ribereña, no sé. Vaya allá, búsquela usted y lo sabrá. Pese a sus diferencias, parece que sigue enamorada de

usted...

No repliqué. Una fría ira me invadía. Los policías hablaron por mí, y cuando menos, su energía de ahora me confortó.

—De todos modos, señor Freeman, y aunque le resulte molesto, debemos registrar su barco. No se niegue a ello, por favor. Es simple rutina. El Gobierno nos exige esas medidas, por ser ésta tierra de obras de arte y de historia muy queridas de patrimonio egipcio... Podemos obtener, naturalmente, una orden judicial en sólo media hora, si se negase a ello...

—No me niego —apretó los labios Freeman, con arrogancia, mirándome de soslayó, furioso, aunque siempre conservando su exquisita corrección de hombre de mundo—. Registren todo, por favor. Y cuenten conmigo para cuanta colaboración precisen...

El viejo zorro cumplió su palabra, y no puso dificultades a los funcionarios de la policía egipcia. Lo cierto es que no hallamos rastro de ninguna mujer. Ni Evelyn Graham, ni Debra Welsh, ni nada de nada. Quizá tenía razón... o aquel yate tenía escondrijos muy ingeniosos.

Al final, los policías se retiraron, algo cohibidos, deshaciéndose en disculpas. Yo no dije nada, limitándome a regresar a tierra con ellos. Creo que en la cubierta del yate, la figura del millonario pirata que nos despedía, siempre cortés, era una especie de irónico dardo dirigido hacia mí...

—Volveré, viejo rufián —prometí entre dientes, ya lejos del yate—. Pero no del modo que he venido esta vez...

Y cumplí mi palabra esa misma madrugada. Volví al *Teseo*, pero a nado, con oscuras ropas de goma de submarinista y máscara submarina para respirar sumergido. Volví callada, sigilosamente. Clandestinamente también, por supuesto.

Alcancé la cubierta, por su parte de popa, y eludí la vigilancia de los dos hombres de guardia en cubierta, sin demasiadas dificultades. Oí murmullos de voces y tintineo de vasos de licor en alguna parte, a bordo. Vi luz en un camarote de proa.

Fui al lado opuesto. Volví a la popa y entré por una escotilla, iniciando mi registro con una lámpara eléctrica de delgado pero nítido hilo de luz.

Revisé una larga serie de camarotes y de cabinas antes de dar con ella.

Evelyn Graham estaba en un compartimiento secreto, oculto tras un falso panel, en un camarote cuyas dimensiones reales no coincidían con la separación entre sus respectivas puertas de lustrosa madera. Me costó casi veinte minutos dar con el escondrijo. Pero lo hallé.

La luz me reveló la presencia de Evelyn, ligada y amordazada, en un pequeño compartimiento no mayor que un *closet*. Ella, despierta, pero incapacitada, con la ancha tira adhesiva sobre su bien formada boca, y las manos y piernas perfectamente ligadas con correas de piel bien trenzadas y anudadas, me contempló desde la pequeña litera, muy abiertos sus verdes ojos. Su cuerpo aparecía hermoso y seductor incluso en aquella postura violenta, porque había sido reducida a la impotencia justamente cuando vestía un minúsculo bikini y una leve, translúcida blusa deportiva, anudada al estómago, de color amarillo limón.

—Evelyn... —susurré—. Estaba seguro de que jamás bajaste a tierra... ¿Qué te ha sucedido con ese maldito bastardo cargado de millones y de mala fe?

—Lo mismo que le ha sucedido a usted, Madison —dijo la helada voz a mi espalda, al tiempo que el contacto de rígido metal de una pistola, tras mi oreja, me obligaba a parar en seco—. Metió las narices en donde nadie la llamaba. Y eso, Duncan Freeman no se lo tolera a nadie. Ni siquiera a un huésped de su yate, aunque sea una bonita mujer...

Luego, cuando yo iba a replicar algo al viejo y elegante pirata del arte, recibí un seco, duro impacto en mi nuca. Todo pareció estallar alrededor mío en un colosal castillo de fuegos de artificio. Perdí el conocimiento y me hundí en una espesa oscuridad, ante la mirada de horror de unos bellos y asustados ojos verdes...

* * *

Igual pude haber dormido un día que un año.

Además, transcurrió tiempo allí dentro. Perdí la noción del mismo. Por seis o siete veces nos trajeron comida y bebida, que ingerimos como niños: sirviéndonosla en la boca un marinero del yate, mientras otro nos encañonaba con su arma, tras quitamos el adhesivo de la boca. Siempre fueron emparedados y cerveza. Nada más.

—Evelyn, ¿cómo sucedió...? —quise saber una de las veces, al ver libre mi boca de la mordaza.

Ella me lo refirió escuetamente:

—Ese hombre, Freeman... Proyecta quedarse con una fortuna en piezas únicas. Conoce el emplazamiento de una tumba faraónica muy rica. Va a apropiarse de todo. Luego, lo sacará del país por un medio que él conoce. Si se interpone en su camino, está dispuesto a matar.

—Acaso lo hizo ya —resoplé, furioso—. Ha habido varias muertes en este asunto, Evelyn. Y ese loco fanático es persona peligrosa, si ve en peligro sus planes...

—Eso me sucedió a mí. Descubrí casualmente algo que tiene consigo... Un viejo papiro jeroglífico. Allí habla del emplazamiento de la tumba auténtica del faraón Anakhebamón I... y de su inmenso cúmulo de riquezas. El me descubrió curiosamente todo eso y...

—Ya basta —cortó de mal humor uno de los marineros. Y, a medio comer, nos aplicó el adhesivo nuevamente, interrumpiendo la conversación.

Evelyn y yo nos conformamos con mirarnos a los ojos en aquel maldito silencio, que terminaría por enloquecerme si duraba mucho.

Y eso yo no podía saberlo. Lo que sí sabía es que llevábamos días en movimiento, hacia alguna parte. Sonaban los motores del yate, haciendo vibrar la embarcación. Sentía oscilar levemente a ésta en el ancho río...

Me pregunté a dónde íbamos. Y me dije que, tal vez, justo hacia el lugar de destino que yo soñaba: la tumba de Anakhebamón I...

* * *

—Sí, Madison. La tumba del faraón. Ése ha sido nuestro punto de destino.

Miré, aturdido, en torno. Sacudí la cabeza, bajo la amenaza de las armas de los hombres vestidos de blanco, la tripulación del *Teseo*. Miré de soslayo a Evelyn, cautiva como yo, obligada a caminar lejos del yate, por la firme tierra dura, rojiza, de aquel extraño, curvo desierto, rodeado de cimas rocosas por doquier, como un embudo.

Y en su centro casi, aquel viejo recinto, aquellos muros medio

derruidos, con columnas donde los jeroglíficos antiguos se borraban por la acción del tiempo y los elementos durante siglos y siglos...

—Creo conocer este lugar, aunque nunca estuve en él —susurré, pensativo.

—Lo conocerá por alguna carta o mapa de los antiguos monumentos egipcios —rió Freeman entre dientes, burlón—. Es un lugar condenado a desaparecer... hoy mismo.

Me estremecí. Los muros altos, rocosos, la forma de embudo, la tierra baja, el templo abandonado, el silencio y la soledad...

—*El Templo del Sol...* —musité—. ¡El desierto occidental! ¡La nueva presa!

—Eso es —se mofó Freeman—. La nueva presa... Toneladas y toneladas de agua inundando todo esto... Ahogando un lugar, una tumba, una momia sin valor... y un par de vidas humanas. Las de dos estúpidos entrometidos.

—No... no es posible que usted... intente... —Miré con horror a Freeman.

—Lo siento, amigo mío —suspiró el pirata, con ojos brillantes—. Usted se lo buscó. Y su joven amiga también, al intentar fotografiar con una cámara diminuta mi papiro de Anakhebamón, copia posterior de tiempos faraónicos de la famosa tablilla policromada del escriba Manhak, hallada con la momia del faraón en Luxor...

—¿Tú hiciste eso? —me sorprendí, mirando a Evelyn.

—Me fascinó el hallazgo. Quise jugar a los espías... y fracasé —gimió ella, muy pálida.

—Sólo por eso... no puede dejarnos aquí, condenados a una muerte así —dije, roncamente.

—No hay otra salida —dijo él, calmoso. Miró al sol, ceñudo—. No perdamos más tiempo. Sé el emplazamiento de la tumba, su exacta entrada. Hemos tardado mucho en este viaje, por un corrimiento de arenas en el Nilo. Perdimos dos días. Sólo dispongo de unas horas. El tesoro no es numeroso, aunque sí valioso. Y no vamos a actuar con el mimo de un arqueólogo. Bastará trasladar a bordo las piezas más ricas y valiosas, los objetos únicos, dignos del más hermoso y deslumbrante museo del mundo... En pocas horas estará listo. Regresaremos río arriba. Ustedes dos esperarán aquí la llegada de las aguas. El presidente de Egipto inaugura hoy esta presa... El progreso y la técnica ahogarán un rincón del Egipto milenario. Y a

dos entrometidos con todo ello.

Nos condujeron hasta los muros del viejo *Templo del Sol*. Varios marinos de Freeman empezaron a abrir zanjas rápidamente en el lugar señalado por él. Luego pusieron cargas de dinamita. Trabajaban de prisa, contra reloj. Y no importaban los destrozos, si obtenían lo que habían ido a buscar: las más valiosas piezas del mundo, para un museo privado, lejos de la tierra a la que todas aquellas riquezas pertenecían...

Les vi trabajar con expresión desolada. Evelyn y yo fuimos atados a una columna de jeroglíficos, presenciando su tarea. Cuando apareció una puerta en las ruinas, casi oculta por ellas, Freeman pareció frenético. Consultó unos apuntes, unos mapas y planos. Asintió, con entusiasmo.

—Lo hallamos... ¡Lo hallamos! —jadeó—. Es la vieja tumba. La segunda cámara funeraria del rey...

Hubiera querido ver su interior, presenciar su contenido, saber la respuesta por la que Debra Welsh me había contratado: el nombre del que mató a Anakhebamón, el final de una historia que comenzó tres mil cuatrocientos años antes, en Tebas...

No me sentí con ánimos de preguntar nada. Eso sí: vi pasar un sarcófago valioso, con una momia dentro, evidentemente, Pero sin atributos reales. Freeman se detuvo. Estaba rojo de excitación. Sus ojos eran dos carbones encendidos. Me miró, informándome, tembloroso:

—No, no es la momia de Anakhebamón... Ésa es la de Luxor. Era auténtica, después de todo. Éste es... Atha Gurna, el sacerdote amigo del faraón. Se hizo sepultar con él con las riquezas de su amo y señor, para si alguna vez una momia era expoliada y profanada su paz eterna, ésa fuese la suya, y no la del joven monarca asesinado. Contemplé el paso de arcones de joyas, de objetos funerarios, de estatuillas, de piezas de gran valor, hacia el insaciable yate del millonario pirata. Miré despectivo a Freeman.

Y reuní ánimos y fuerzas, pese a nuestra desesperada situación, para preocuparme por la respuesta al gran enigma histórico:

—Una sola pregunta, Freeman. ¿Quién... quién mató al faraón?

El me miró. Iba a contestarme.

De pronto, tableteó una ametralladora. Y Duncan Freeman, al abrir los labios, solamente dejó escapar borbotones de roja sangre, no

palabras. Y sus hombres, acribillados a tiros, saltaron, como monigotes repentinamente ensangrentados, soltando la momia, los atributos de riqueza, los tesoros, que rodaron por la roja arena, dando tumbos, salpicándose de sangre humana, acaso como en viejos, antiquísimos tiempos...

Nunca vi una masacre más rápida y atroz ante mis propios ojos. Eran dos metralletas las que actuaban, con mortífera precisión. Dos armas automáticas de enorme potencia y rapidez.

Incluso dos marinos, los únicos supervivientes, que volvían con sus pistolas en ristre, a la carrera, desde el yate, fueron alcanzados, acribillados, remachados contra la candente arena de la hondonada, destinada a convertirse en presa para el progreso de un moderno Egipto que ya no podía vivir de viejos templos, de historia y de nombres.

Miré con horror y también con cierto alivio hacia los peñascos. Vi aparecer dos siluetas. Con dos armas humeantes. Salieron de su escondrijo. Caminaron hacia nosotros...

Uno de los hombres me era perfectamente desconocido. El otro, pese a sus ropas árabes, me resultaba tremendamente familiar.

—¡Bond! —grité—. ¡Russell Bond! ¡Usted, amigo...!

El pelirrojo socio de Debra Welsh me contempló tras el humo de su mortífera arma automática. No vi nada amistoso en su gesto, en su sonrisa, en su faz pecosa. Ni en sus azules ojos, fríamente clavados en mí. De repente, intuí la verdad. Y él la confirmó:

—¿Amigo? No, Madison. Sólo compañeros de viaje con ideas diferentes... —Se volvió a su compañero, que reía—. Vamos, ve recogiendo todo eso. Falta poco para que venga el alud de agua al pantano. Hemos de levar anclas antes de ello, con todo el tesoro a bordo. Luego veremos cómo hacemos las cosas para obtener el mayor beneficio...

—Bond... —musité—. Usted... está metido en esto... de un modo muy diferente al que imaginé.

—Se lo dije. No debía fiarse de todos los arqueólogos. No siempre nos interesa solamente el arte y la historia —rió, cínico.

—¿Y... y Debra...? —murmuré, preocupado—. ¿Acaso ella y usted... son socios también en esto, y he resultado engañado?

—¿Debra? —El soltó una seca carcajada. Señaló a las rocas—. Hay un *jeep* allí, Madison. Como el que usted vio escapar con mi amigo

Endfield dentro, ataviado con la mascarilla del faraón. Estaba bien eso de la maldición... para nuestro juego. Divertido, ¿no?

—Muy divertido —dije, secamente—. ¿No va a libertarnos ahora?

—¿Libertarles? —Pareció asombrado—. Por Dios, Madison, no estoy tan loco. Usted arruinaría el negocio. Y nos haría ahorcar por homicidio: Ahmed Bahar, Ben Omán... No, no. No podemos correr riesgos.

—Ya basta —cortó Evelyn Graham, sujeta como yo a la columna, silenciosa y pálida hasta entonces—. Russell, no pierdas el tiempo charlando. Desátame ya. Hemos de ir de prisa ahora.

Fue el mazazo. Miré, atónito, de soslayo, a mi prometida.

—¡Evelyn! —grité roncamente—. ¿Tú...?

—Lo siento, amor —cortó ella, glacial—. Siempre has sido un maldito entrometido. Te pedí que no te mezclaras en esto por nada del mundo. Si un Freeman era un pirata del arte..., los Graham hicimos nuestra fortuna como piratas de tesoros ajenos... Lo llevo en la sangre, ¿entiendes? Y sirvo para ello. Nunca sospechan de mí. Ni siquiera tú, el gran detective, pensaste jamás en tu hermosa y dulce Evelyn... como buscadora de fortunas... Sin embargo, yo soy el cerebro. La responsable de todo esto. Bond es sólo un socio, un aliado a mis órdenes. Vamos, desátame ya, Russell...

Y él, con una carcajada, meneó negativamente la cabeza.

—No, preciosa —dijo—. Ahora mando yo. Freeman hizo bien las cosas. Tú y Madison... sepultados juntos en este valle, bajo las aguas de la nueva presa. Yo, Russell Bond, dueño de todo, de regreso a la vida, a la civilización...

Rió de nuevo. Ella le miró, colérica, lívida. Gritó:

—¡Russell, no puedes hacerme esto a mí!

—¿Quién va a impedirlo? —se mofó él, sarcástico—. ¿No ibas a hacer tú igual con tu amado novio? Seréis dos a haceros compañía. El final será mucho más... hermoso... y...

Repentinamente, empezó a vacilar. Le vimos tomar un tinte extraño, verdoso. Hacía un momento que se había apoyado en el féretro de Atha Gurna, el buen sacerdote, para hablar, irónico, a la que fuera su cómplice y su patrona hasta entonces. Mis ojos se entornaron. Miré de reojo.

También Freeman, su cadáver sangrante, tendido frente a la columna egipcia, aparecía con un raro tinte verdoso en su piel. Y

sus marinos... Endfield, el compinche de Russell, parecía ponerse verde poco a poco, y su cuerpo adquiría rigidez...

—Cielos, ¿qué sucede? —jadeó Bond, tambaleante—. Tengo frío, sudores, no veo apenas...

—Veneno —dije, fríamente.

—¿Qué? —aulló él. Y me miró, inseguro, torpe—. ¿De qué habla, Madison?

—Veneno, Bond. Ese féretro que tocaron... Atha Gurna, el sepultado con las riquezas del faraón. Eso sí es una maldición milenaria. Una substancia en el sarcófago..., acaso en las propias joyas también... El modo de guardar inviolado un lugar... Veneno de milenios, Bond. Un científico, un arqueólogo cuidadoso habría tomado precauciones. Un pirata, un asesino, un ladrón de tumbas, no. Es su castigo. El de todos los que tocaron eso...

—Maldita sea... Quedarnos... aquí... —sollozó Bond, convulso, casi paralizados sus labios, sus dedos.

Dejó caer el arma. Rodó la metralleta lejos. Vino hacia nosotros. Si nos tocaba, éramos cadáveres seguros.

Pero igual daba, con la amenaza del agua sobre nuestras cabezas.

—¡No me toques, cerdo! —chilló Evelyn, frenética—. ¡No lo hagas, maldito seas! ¡Podemos salvarnos los dos; Robin! ¡Tengo... tengo un anillo... que es afilado como una navaja! ¡Estoy cortando las correas disimuladamente! ¡Míralo, Robin! ¡Por el amor de Dios, aparta a ese hombre, dispara tus piernas, evita que me toque!...

No me moví. Sonreí fríamente.

—No, Evelyn. Tu plan era cruel. Como el de él mismo. Dejarme solo a mí. Aquí, sentenciado a morir... No mereces que te ayude...

Y aun así, fui tan necio que, ante su exasperado gesto de horror, lo intenté. Estiré una de mis piernas. La crucé ante Bond. El tropezó, empezó a caer...

Gritó Evelyn, desesperada. Bond, en su exasperación final, se dejó caer sobre ella. La aferró, pasó sus manos verdosas por el rostro hermoso de mi prometida...

Creo que jamás olvidaré su grito de supremo horror al saberse sentenciada...

Luego, con una risa hueca, maligna, Russell Bond rodó a la tierra roja y seca. A mi lado, Evelyn, incapaz de moverse, horrorizada, estaba sollozando.

—Es... es la muerte... ¡Robin, es la muerte! —se quejó.

—Sí, Evelyn. La muerte... El faraón lo dijo: «Maldito quien profane mi reposo sin afán de justicia...». A veces, las maldiciones se cumplen, aunque no del modo que la gente cree...

—Robin... ¡Voy a morir! —se lamentó, desesperada.

—Me temo que sí. Y nadie puede hacer nada por ti, Evelyn. La muerte llegó de lejos, de muy lejos. Desde el pasado. Desde la noche de los Tiempos. Desde el *Libro de los Muertos*... Evelyn, tú... tú no tendrás la respuesta... Tú no sabrás... el final del jeroglífico, ¿verdad?

—Sí —sollozó, empezando a teñirse de un verde lívido su hermoso rostro—. Sí, Robin. Sé el final... Sé leer jeroglíficos. Leí el documento de Freeman. Iba en su barco con esa idea. El jamás sospeché. Ni él, ni tú, ni nadie... Robin, ¿no entiendes? Ese féretro... Atha Gurna sepultado con... las riquezas..., protegiéndolas... y esperando ser profanado su sueño, para pagar con la pérdida del reposo eterno... su horrible regicidio...

—¡Atha Gurna! —jadeé, con estupor—. Oh, no... El... él era el amigo, el consejero leal, el buen sacerdote... Él alejó al trepanador real, al médico, al perverso Ptahnenet... No pudo ser él...

—Fue él. Era un conservador de lo antiguo. Quería un Egipto tradicional, no revolucionario. Anakhebamón significaría la reforma, el cambio, la juventud nueva... No era posible. Había jurado fidelidad a cosas eternas, a instituciones por encima de los hombres y de sus sentimientos personales... —Se crispó su faz, en una convulsión—. Robin, el buen Atha Gurna... resolvió sacrificar a su joven rey y amigo cuando éste le anunció previamente su reforma definitiva, aprendida la lección de Tappur y sus rebeldes... El viejo sacerdote le mató. Y se hizo matar luego él. Se erigió en defensor de una tradición imperial, llorando la muerte que causaba al mejor amigo. Sólo Egipto estaba por encima de sus afectos... Antes de morir, dispuso la segunda tumba, con las riquezas que sabía atraerían la rapiña, para que su señor descansase en paz por los siglos de los siglos...

—Ahora espero que sí descance en paz Anakhebamón... y también el infortunado y extraño Atha Gurna.

—Miré el sarcófago. Miré luego a Evelyn, que agonizaba junto a mí.

—Nos reuniremos en la eternidad, Evelyn, cuando el agua penetre

aquí. Hubiera sido hermoso que fueses de otro modo... Pero así han sido las cosas. Creo que, pese a todo, te quise siempre. Y casi te quiero ahora...

—Robin... —Me miró, patética—. ¿Pese... pese a todo?...

—Pese a todo. Como Atha Gurna hace miles de años, la naturaleza humana es compleja y contradictoria, Evelyn. Y no soy yo quién para juzgarla...

—No mereces... morir..., amor —susurró.

Movió una mano crispada. Vi su anillo, de cuya piedra salían cuatro púas afiladas. Hizo dos secos movimientos, sin tocarme. Se rajaron las correas de mis ligaduras a la columna.

Luego, con una sombra de sonrisa póstuma, Evelyn Graham se fue a la eternidad.

Y yo, tirando de mis correas, asombrado, me vi repentinamente libre...

Miré a Evelyn, a Freeman, a los demás. Y al sarcófago de Atha Gurna, olvidado en el valle que pronto sería pantano.

—Adiós a todos —susurré—. Descansad en paz, como Anakhebamón I..., por los siglos de los siglos, adonde ya nunca llegará la mano del hombre...

El agua se encargaría de ello. Por miles de toneladas, y en breve.

Supe que tenía poco tiempo. Y corrí.

Corrí hacia las rocas. Encontré el *jeep*. Subí a él de un salto. Allí, tendida, estaba Debra Welsh, casi inconsciente, bajo el crudo sol. La desligué, solté su mordaza Sollozando, se echó, impulsiva, en mis brazos.

Rodeé el cuerpo palpitante de la rubia y hermosa canadiense. La conforté:

—Serénate, Debra... Ten calma. La pesadilla terminó. Te lo explicaré por el camino... cuando estemos lejos de este valle. No hay tiempo que perder. Vamos ya, Debra...

Me puse al volante. Conduje con toda rapidez. Me alejé de la hondonada, subimos la angosta carretera entre peñascos rojos.

El inminente pantano quedó atrás. Con él, Freeman, Bond, Evelyn, los demás... Y Atha Gurna. Y el final de una historia que llegó a mí desde el *Libro de los muertos*.

Y un yate, el *Teseo*, que se llevaría también el agua, probablemente, hacia el fondo de la nueva presa...

Debra y yo teníamos el camino de regreso libre. A nuestra disposición.

Y quizá, también, un futuro...

FIN



Juan Gallardo Muñoz, nacido en Barcelona en 1929 y fallecido el 5 de febrero de 2013, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal.

Sus primeros pasos literarios fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su entrada en el entonces pujante mundo de los bolsilibros fue a consecuencia de una sugerencia del actor George Sanders, que le animó a publicar su primera novela policíaca, titulada *La muerte elige*, y a partir de entonces ya no paró, hasta superar la respetable cifra de dos mil volúmenes. Como solía ser habitual, Gallardo no tardó en convertirse en un auténtico todoterreno, abarcando prácticamente todas las vertientes de los bolsilibros —terror, ciencia-ficción, policíaco y, con diferencia los más numerosos, del oeste—, llegando a escribir una media de seis o siete al mes, por lo general firmadas con un buen surtido de seudónimos:

Addison Starr | | Curtis Garland (y también, Garland Curtis) | | Dan Kirby | | Don Harris | | Donald Curtis | | Elliot Turner | | Frank Logan | | Glenn Forrester | | John Garland (a veces, J.; a veces, Johnny) | | Jason Monroe | | Javier De Juan | | Jean Galart | | Juan Gallardo (a veces, J. Gallardo) | | Juan Viñas, | | Kent Davis | | Lester Maddox | | Mark Savage | | Martha Cendy | | Terry Asens (para el mercado latinoamericano, y en homenaje a su esposa Teresa Asensio Sánchez) | | Walt Sheridan.

Fuera ya de los bolsilibros también abordó otros géneros diferentes, tales como libros de divulgación sobre diversos temas —brujería, música, póker—, cuentos infantiles u obras de teatro, e incluso fue guionista de cuatro películas: No dispare contra mí (José María Nunes, 1961); Nuestro agente en Casablanca (Tulio Demichelli, 1966) exhibida, además de en nuestro país, en Italia y en Estados Unidos; *Sexy Cat* (Julio Pérez Tabernero, 1973) y *El pez de los ojos de oro* (Pedro L. Ramírez, 1974).

Durante muchos años publicó libros en todas las editoriales de literatura popular desde mediados de los años 50 hasta principios de los años 80, en la que desapareció la editorial Bruguera. Esto no quiere decir que Juan Gallardo haya dejado de escribir ya que, a diferencia de otros antiguos compañeros suyos, ha mantenido hasta hoy una envidiable actividad creativa aunque, lógicamente, enfocada ya hacia otros géneros. En la base de datos del

ISBN

aparecen registradas novelas suyas del oeste, publicadas por Astri y Ediciones B, al menos hasta el año 2000, y en 2002 Astri le dedicó en exclusiva la colección Piratas, encuadrada el antiguo género de corsarios. Desaparecida también esta editorial Gallardo pasó a colaborar con Dastin, vínculo que se mantiene hasta el presente. De esta reciente etapa datan siete biografías de mexicanos ilustres, diez adaptaciones de clásicos juveniles, un Diccionario de biografías de grandes figuras de la historia y, con motivo del IV centenario del Quijote, una adaptación juvenil de la obra de Cervantes. Escribió asimismo un par de novelas históricas serias tituladas *La conjura* (2009) y *La clave de los evangelios*. En Morsa ha publicado *La noche de América agonizante* y su autobiografía, *Yo, Curtis Garland*.

Notas

[1] En cifras redondas, unos cuatro millones de pesetas. < <